

S
S

SERVICIO SECRETO

ALFILO DE LA MUERTE

alar benet



AL FILO DE LA MUERTE



ALAR BENET

AL FILO DE LA MUERTE

Col. **SERVICIO SECRETO** n.º 798
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25522 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre 1965

© ALAR BENET 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA 1965
sobre la cubierta

© COSTA 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6.445/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

908 — Desertor y ladrón.

En Colección COLORADO:

420 — Aguila Blanca.

En Colección BRAVO OESTE:

190 — Caravana maldita.

En Colección CALIFORNIA:

427 — Tres letras de plata.

En Colección KANSAS:

334 — El hijo del enemigo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

794 — Falta un cadáver.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

79 — Doble juego en Africa.

En Colección BUFALO:

583 — Viaje sin retorno.

En Colección METRALLA:

59 — Cinco días en el terror.

En Colección PUNTO ROJO:

172 — Puños de hierro.

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres miráronse con seriedad en el amplio y lujoso despacho, mientras, acomodados en los sillones del tresillo, guardaban silencio.

Uno de ellos tendría setenta años y, su rostro, de líneas duras, evidenciaba un carácter enérgico. Sus cabellos eran blancos y escasos, principalmente en la nuca. Vestía un batín azul y llevaba anudado al cuello un pañuelo de seda.

—Le aseguro, inspector, que por primera vez siento miedo. La amenaza me preocupa.

—Quizá porque la encuentre justificada.

Hendry Willanson se movió, inquieto, sacudiendo la pipa en el cenicero.

—¿Qué le induce a pensar así?

—Mi experiencia. Usted no es de los que se acobardan fácilmente. Su vida ha sido de continua lucha. No tuvo amigos, sino colaboradores. Algunos de sus negocios llegaron a interesarme. Bordeó la ley. Por favor, no me interrumpa. Sé de sus actividades más de lo que supone. Estudié su ficha privada antes de venir a visitarle. Si quiere que le ayude, confíese a mí.

En las pupilas del anciano brilló una chispa de ironía, que no pasó inadvertida para Douglas Wood, hombre habituado a las más inesperadas y difíciles situaciones. El inspector, de unos treinta años y ojos escrutadores, sonrió.

—Mejor será que me marche y lo piense —dijo—. No le veo muy inclinado a la confidencia.

Se puso en pie sin que Hendry Willanson hiciera nada por impedirsele. En ese momento sonó el timbre del teléfono y el dueño de la casa descolgó el auricular.

—¿Quién es?... Si... ¡No tolero...!

Colgó con desaliento.

—La voz de siempre. Tengo los nervios deshechos.

—¿Qué le ha dicho?

—Igual que en otras ocasiones. Me ha asegurado que no viviré mucho.

—¿Le pide dinero?

—¿Chantaje? No. Si es un enemigo, debe saber que no soy de los que se dejan arrebatar un dólar.

—Luego tiene enemigos.

Hubo una breve pausa. El anciano, sentándose de nuevo, con gesto cansado, repuso:

—Si. Le diré lo que desea.

Tocó una campanilla de bronce y, a poco, entró el mayordomo.

—James, tráenos café. ¿Qué prefiere, inspector? ¿Coñac? ¿Whisky?

—A su gusto.

—Bien —hizo una seña al sirviente, que salió—. Esperaremos a que venga para que no nos interrumpa. Es una larga historia. Procuraré resumirla para no fatigarle con exceso. ¿Un puro?

Tendió a Wood una caja de tabaco. Douglas tomó un habano.

—Buena marca.

—Los fabrican especialmente para mí. Antes dijo que conocía mi pasado. Yo tampoco ignoro el suyo. Su último éxito de París ha roto las fronteras.

—No tuvo importancia. Mis colaboradores me ayudaron. Cada caso resuelto pierde todo el interés.

—¿No le fatiga su trabajo?

—A veces, sí.

—¿Nunca pensó en casarse?

Los labios del inspector Douglas Wood se plegaron en un rictus doloroso.

—En una ocasión. No merece la pena hablar de ello.

Entró el mayordomo portando una bandeja con dos tazas de humeante café, dos panzudas copas y una botella de brandy.

—¿Manda algo más?

—¿Comprobaste si las ventanas se hallan cerradas y los perros sueltos?

—Si.

—Puedes acostarte, si lo deseas.

Con una respetuosa inclinación, el criado salió. El dueño de la casa aspiró con deleite el humo de su habano.

—Aunque esté habituado a las sorpresas, inspector, espero que le interesará mi relato.

Hizo una breve pausa, ordenando sus ideas. Wood le observaba atentamente.

—Como antes insinuó, en mis transacciones comerciales no me coartaron demasiados escrúpulos. En los primeros años compré y vendí cosas heterogéneas, desde una pluma estilográfica a un montón de chatarra. Habitaba en Nueva York, y Harlem era mi lugar favorito de trabajo. No sé si conocerá las condiciones de vida de aquella gente.

—No las ignoro.

—En la Oficina de Subsidios averiguaba los domicilios de los parados, y allá me iba, dispuesto a adquirir por un dólar lo que valía diez. Al principio aseguraban no tener nada para vender. Yo me las ingeniaba para registrar las habitaciones, encontrando algo útil. Pronto reuní un pequeño capital, con el que empecé a traficar en mayor escala.

Douglas Wood le interrumpió:

—En aquella época le procesaron por tráfico de drogas.

—Sí —respondió Hendry, sin desconcertarse—, pero me absolvieron por falta de pruebas. ¿Para qué entrar en detalles que me desagrada recordar? Prosperé y, trasladándome a Chicago, monté una agencia de transportes que terminó de enriquecerme. Me casé con Jessica Gimbau. Fue mi gran error. Del matrimonio tuvimos tres hijos. Dos varones, Robert y Eric, y una hembra, Marjorie, quienes, al divorciarnos, quedaron con su madre.

—¿Cuál fue la causa de la separación?

—Incompatibilidad de caracteres. A mí me gustaba lo que a ella le desagradaba y viceversa. El hogar se me hizo insoportable, y me enamoré de una cantante de cabaret, Purcella Webb. Mi esposa me sorprendió con mi amiga, en situación delicada, y hube de aceptar las condiciones que impuso.

El inspector, que seguía con interés el relato, interrumpió a Willanson:

—¿Qué condiciones?

—Mi mujer renunció a indemnización alguna, obligándome a firmar un documento en el que me comprometía a entregar a mí muerte a cada uno de mis hijos medio millón de dólares, sin que pudiera desheredarles por ningún motivo. Ingresé millón y medio en el Banco del Estado a nombre de Robert, Eric y Marjorie. Caso de fallecer ellos, dicha cantidad pasaría a Aloysius. Olvidé decirle que tuve un hijo varón con Purcella Webb.

—¿Qué fue de la cantante?

—Nos separamos, harto el uno del otro, y le paso quinientos dólares mensuales, aunque ya no los necesita. Aloysius representa una importante fábrica de automóviles. Viven en San Francisco. Le envió el dinero por giro postal, y hace más de tres años que no nos vemos. ¿Le aburro?

—Al contrario.

Hendry Willanson carraspeó.

—Proseguí con mis negocios y cinco años después enjugaba el millón y medio de dólares de pérdida.

—¿No recuerda a sus hijos? ¿No le visitan?

—En ocasiones los evoco con nostalgia. Ellos nunca han venido. Su

madre debió contarles algún embuste.

—¿Les reconocería?

—Sí. Hace unos meses les vi retratados en el *Chicago Tribune*, al que estoy suscrito. Robert es médico, y obtuvo un premio por una tesis quirúrgica; Eric es abogado y había conseguido no sé qué galardón. En la fotografía les acompañaba su hermana, dibujante del diario a que me he referido. Le enseñaré el periódico.

De uno de los cajones del despacho sacó un recorte de prensa. Wood pudo ver a dos jóvenes, de veinticinco a treinta años, de rostros inteligentes, y aspecto sano. Junto a ellos, una muchacha de menor edad, muy bella.

—Gracias. Cualquier padre se sentiría orgulloso de tener unos hijos como esos.

—Lo estoy. Renuncio a facilitarle los nombres de mis colaboradores. De nada le serviría. Fueron innumerables. No creo que ninguno sepa que existo. Una tarde noté una fuerte punzada en el estómago. El mejor especialista de Chicago me dijo que me apartase de la vida agitada que llevaba, y descansara. Según él, padezco una úlcera de estómago. Creo que se equivocó. Tuve miedo, y para desconectarme de mis asuntos, me trasladé a San Francisco, adquiriendo esta casa, que otro día le enseñaré. He procurado reunir en ella las máximas comodidades. Vivo solo con mi criado, de la mayor confianza. Me envían la comida de un restaurante cercano. Estos son, a grandes rasgos, los antecedentes de mi vida, al menos en la parte que puede interesarle.

—Facilita considerablemente mi labor. ¿Cuándo y cómo empezaron las amenazas?

—Hace un mes. Acostumbro a tomar el café en este despacho, rincón acogedor en el que me aísla del mundo con la lectura de un buen libro u observando las volutas de humo de mi inseparable habano. Al ir a sentarme en mi butaca preferida, vi un papel sujeto a la cortina que tiene a su espalda. Se lo mostraré.

Con agilidad impropia de sus años, se incorporó y, abriendo una carpeta, extrajo una cuartilla.

«Vas a pagar tus muchas infamias, Willanson. Morirás en breve. Otros te precederán, seres a quienes estás ligado por la sangre».

—Muy melodramático —comentó el inspector—. ¿Me permite quedármelo?

—Sí.

—¿A qué atribuye que clavarán la nota precisamente donde lo hicieron?

Hendry se turbó.

—No lo sé... Quizá era el sitio más visible...

—Ya.

—Después, todas las amenazas han sido idénticas y por teléfono, como hace un momento. Le he preparado una habitación.

—No es preciso que duerma aquí. Le agradeceré que me facilite una llave. Una pregunta de hombre a hombre. ¿Tiene miedo?

—Sí. Carezco de los arrestos de la juventud. Llevo siempre encima un revólver, pero el arma no me tranquiliza.

—Comprendo.

Con tanta atención escuchó Wood la historia, que su cigarro habíase apagado. Fue a encenderlo de nuevo y Willanson se lo impidió.

—Coja otro. Los puros no saben bien si se les prende fuego dos veces.

—Gracias. Deme las señas de Purcella Webb. Me presentaré a ella como agente de seguros.

—Vive en Frederick Street, en las proximidades de Golden Gate. Las sé de memoria, de tanto enviarle giros.

—¿Lo hace usted personalmente?

—Depende. Hay meses que se encarga el mayordomo. No nos hemos referido a sus honorarios.

—Fío en su generosidad.

—¿Le parecen bien cincuenta mil dólares?

—Es una bonita suma.

—Mañana le entregaré la mitad. ¿Comerá conmigo?

—Sí, gracias. Me retiro. Es posible que detrás de todo esto se oculte un vulgar chantaje.

—Lo celebraré.

El anciano acompañó a Douglas a la puerta del edificio, donde le entregó dos llavines.

—Uno es el de esta entrada; el otro el de la verja. No tema a los perros. Los llamaré para que no le molesten. ¡«Doc»! ¡«Buck»! Vea cómo le huelen. Le reconocerán si entra a horas intempestivas. Camine siempre como si no les oyera ladrar. Son muy inteligentes.

Wood los acarició y, estrechando la mano de William son, se dirigió al exterior. No tenía el propósito de alejarse de la casa de Hendry, y se dispuso a pasear por Punta Hunters, en cuyas inmediaciones se hallaba el chalet. A él le correspondía investigar dos puntos principales. ¿Por qué Hendry firmó tal documento? El haberle sorprendido con otra mujer no era motivo suficiente. Debía haber algo más. Su otra

preocupación se centraba en sus elevados honorarios.

La noche era espléndida. Una leve brisa le acariciaba el rostro.

Douglas Wood se sorprendió pensando en su pasado. Evocó su dimisión de la Metropolitana y el traslado a Londres para montar una agencia de detectives que encubría su principal finalidad de miembro del espionaje americano. Actuó en algunos casos con gran éxito. Una mañana recibió la carta de Willanson rogándole que se ocupara de su problema y tomó el primer avión que hacía escala en San Francisco. Necesitaba trasladarse a Washington a recibir órdenes directas con respecto a su futura actuación en Inglaterra, y aquel era su inmejorable pretexto.

Hombre de gran experiencia policíaca, el inspector se dijo que no invertiría mucho tiempo en descubrir al autor de las misteriosas amenazas.

Sintió tentaciones de visitar sin demora a Purcella Webb, la antigua amante de Hendry, pero no juzgó oportuno molestar a la mujer a horas intempestivas a título particular y no oficial.

La idea de vagabundear no le agradaba. ¿Iría al hotel de la Avenida de California, en el que se hospedaba, o a ocupar la habitación de que le hablara el millonario? Se decidió por lo último, y a buen paso regresó a la calle South, deteniéndose frente a la verja. Vio la luz del despacho encendida, y se alegró de ello.

Abrió la verja, penetrando en el jardín. «Doc» y «Buck», los enormes perrazos, ladraron, aproximándose con hostiles intenciones. Wood empuñó la culata de su pistola, dispuesto a utilizarla si era atacado. Los mastines llegaron junto a él y cesaron en sus ladridos. Douglas los acarició y, tranquilo, tras el tronco de un árbol, vigiló la persiana del gabinete de trabajo de Willanson, por la que continuaba filtrándose la luz. ¿Cuándo se produciría el ataque?

Esperó a que Hendry se retirara a descansar para entrar en la casa, lo que hizo media hora más tarde, al apagarse el despacho.

Utilizando el segundo llavín que el millonario le entregara, franqueó la puerta. El vestíbulo, en penumbras, se llenó bruscamente de luz. El inspector pudo ver al dueño de la casa, muy pálido, encañonándole con un revólver.

—Perdone, señor Wood. Me quedé aletargado en el sillón, y al despertarme sentí un miedo terrible, como si me amenazara la muerte de forma inminente. Entonces Oí girar la cerradura y afronté el peligro. Celebro que resida en mi casa. Yo mismo le conduciré a su alcoba.

—Gracias. Estuve vigilando desde el exterior, sin ver nada sospechoso. La luz del despacho me indicó que estaba despierto. Aunque el viaje en avión es cómodo, no por eso deja de ser fatigoso.

—Lo comprendo —repuso Hendry con una sonrisa cordial, guardándose el arma—. No debí permitirle que se marchara.

Willanson, en silencio, llegó a una escalera que enlazaba el vestíbulo con el piso superior y los dos hombres se pararon ante una puerta.

—Sobre la cama hallará uno de mis pijamas. Si necesita algo, no vacile en pedírmelo. Buenas noches, señor Wood.

—Hasta mañana.

Douglas no entró en el dormitorio hasta no sentir perderse a lo lejos el ruido de las pisadas de Hendry. Con semblante preocupado, hizo girar el picaporte. Buscó a tientas el conmutador de la luz y no llegó a encontrarlo. Algo se abatió sobre su nuca, produciéndole un insoportable dolor. En la certeza de que no iba a tardar en perder el sentido, pudo aferrar a un hombre por la garganta, pero de nuevo le golpearon.

La última sensación de Wood fue un zumbido en las sienes, que amenazaba enloquecerle. Después se sumió en la inconsciencia.

Una sombra abrió silenciosamente la puerta, alcanzando el pasillo.

¿Había entrado la muerte en casa de Hendry Willanson?

CAPÍTULO II

Pese a la turbación que experimentaba, el primer pensamiento de Douglas al despertar fue para el hombre que contratara sus servicios. ¿Qué habría sucedido en la planta baja? Quiso incorporarse y no pudo hacerlo. Las piernas no obedecieron el mandato del cerebro. ¿Estaba herido gravemente? Con gran esfuerzo, llevó su mano derecha a la cabeza, tocando un líquido espeso. Era sangre.

Dejó que transcurrieran unos minutos. Las sienes le zumbaban con violencia. ¿Iba a desmayarse de nuevo? Hizo acopio de energía, poniendo en acción su formidable voluntad. La idea de que quizá en aquel momento el millonario estuviese agonizando, estimuló su vigor.

¿Qué hora era? El entró en la casa a las dos y media de la madrugada. Su reloj de pulsera marcaba las seis. Por vez primera se dio cuenta de que cuando fue golpeado reinaba en la estancia una oscuridad absoluta y ahora, no. La luz del amanecer penetraba por los cristales del ventanal.

Al fin logró ponerse en pie y, tambaleándose, llegar al cuarto de aseo, separado del dormitorio por una puerta de cristales. Se desnudó, sentado en una banqueta y, en la ducha, recibió el agua fría como una bendición.

Durante más de cinco minutos se friccionó el cuerpo. Luego, ante el espejo, examinó su cabeza. Tenía una brecha no muy grande, y una moradura cerca de la sien. Se lavó, utilizando un frasco de alcohol que había sobre una repisa y, poniéndose el pijama, pulsó el timbre con insistencia. Diez minutos más tarde, con ojos velados por el sueño y a medio vestir, el mayordomo, James Miller, penetraba en la habitación.

—¿Llamaba?

—Sí. Condúzcame junto a su amo. Esta noche me han agredido y temo por la existencia del señor Willanson.

El criado abrió mucho los ojos, cual si no diera crédito a lo que escuchaba. El inspector hubo de apremiarle:

—¡No se quede como una estatua! ¡Acompáñeme!

—Sí. ¡Resulta tan terrible lo que insinúa!

—¿Aprecia mucho a su señor?

—Llevo a su servicio cinco años y me trata con todo género de consideraciones.

El mayordomo y Wood caminaron por el pasillo hasta llegar a la escalera, que bajaron con rapidez para, por otro corredor, alcanzar una

recia puerta, en la que James Miller llamó con pulso no firme. Una voz agria, malhumorada, inquirió desde el interior:

—¿Quién es?

—James, señor.

—¿Y qué diablos quieres a estas horas?

El criado iba a responderle, pero Douglas se anticipó:

—Soy Wood. ¡Necesito hablar urgentemente con usted! Es algo de suma importancia.

—Ahora mismo le abro.

El inspector oyó, con satisfacción, el descorrer de un grueso cerrojo, y poco después se hallaba sentado en una descalzadora, ante el millonario.

—Anoche, apenas nos separamos, alguien, escondido en mi alcoba, me golpeó en la nuca.

—¿No habrá soñado? Perdone. No quiero ofenderle. Yo, y no usted, soy la víctima elegida. ¿No se caería y...?

—¡No! —repuso secamente Douglas—. Cogí a mí agresor por la garganta. Me retiro.

—Aguarde, inspector. Es posible que el intruso se haya escondido en espera del momento propicio para atacarme. ¿Le parece que registremos?

—Eso iba a pedirle antes de que dudara de mi palabra.

Hendry Willanson se puso un batín y unas zapatillas y, empuñando el revólver, siguió a Wood.

—Estoy a su disposición. Comencemos por la planta baja.

James Miller, respetuoso, inquirió:

—¿Me necesita?

—No —contestó Douglas—. Retírese a su cuarto y no salga de él hasta dentro de una hora.

El criado buscó con la mirada el asentimiento de su amo y, una vez recibido, se dirigió a su dormitorio, en el lado opuesto de la casa. Wood llevaba oculta su pistola debajo de la chaqueta del pijama, entre el pantalón. No se molestó en esgrimirla tan aparatosamente como Willanson. Tenía la certeza de que el que le agredió se habría marchado con las primeras luces del alba. Si iniciaba el registro, era en busca de huellas que le permitieran identificar al culpable. ¿Por qué no James Miller?

—¿Tiene confianza en su mayordomo, Hendry?

—Absoluta.

—Sin embargo... lleva poco tiempo a su servicio. Cinco años no son muchos.

—¿Cómo lo sabe?

—Él me lo dijo. ¿Dónde le conoció?

Willanson no esperaba la pregunta e hizo una larga pausa antes de responder:

—Fue ordenanza de mis oficinas en Chicago. Al trasladarme a San Francisco creí oportuno traerle conmigo.

Recorrieron todas las habitaciones. Una de las ventanas de la bodega estaba abierta.

—Por ahí debió escapar —comentó el inspector.

Dejaron para lo último la biblioteca. Hendry dio un grito. En la cortina había un papel. Lo tomó.

—¡Una calavera! —dijo.

—En efecto —corroboró el inspector—. Recortada de un aviso indicador de los efectos de un veneno. Las he visto a centenares en los laboratorios de productos farmacéuticos. Son muy ingenuos sus enemigos y muy arriesgados. Se exponen para conseguir un efecto teatral. Creo que...

Les interrumpió el timbre de la puerta. Willanson miró a Douglas.

—¿Una visita a las siete de la mañana?

—Así parece. Tal vez sea un proveedor.

El millonario negó con el gesto. Miller, el mayordomo, entraba en ese momento.

—Es un agente de la Metropolitana. Desea verle.

—¿A mí? ¿Qué le parece, Wood?

—Aún nada. Que pase ese hombre, y sabremos a qué atenernos.

No tardó en entrar un joven de unos veinticinco años, vestido irreprochablemente. Su rostro denotaba inteligencia. Al ver a Douglas, sus facciones se ensancharon en un gesto de gozo.

—¡Inspector! Ignoraba que estuviese en San Francisco. Le suponía dando disgustos a los de Scotland Yard.

—Vine ayer por la mañana. ¿Qué tal le va en la sección de Homicidios?

—No puedo quejarme.

—¿A qué viene?

—En el cumplimiento de mi deber. Veo que es amigo del dueño de la casa. ¿Quiere presentarme a él? Así, amistosamente, me será más fácil realizar mi cometido.

—Con mucho gusto. Alfred Carra, de la Metropolitana; Hendry Willanson.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Hubo un breve silencio. El millonario invitó:

—Siéntese, por favor, y disculpe nuestro atavío. Acabamos de levantarnos.

—Y asustados, por lo que veo —dijo el agente, señalando el revólver que Willanson dejara en la mesa de centro del tresillo.

—Sí —intervino Wood—. Supongo que preguntará qué hago aquí. He sido invitado por mi amigo Hendry a pasar una temporada con él.

Alfred Carra sonrió, sarcástico. Ninguno de sus camaradas del departamento ignoraban la pésima fama de Willanson.

—Muy interesante, inspector. Me perdonarán si abordo con brusquedad el tema que me obliga a molestarles. Una mujer ha muerto, asesinada. Entre sus papeles hemos encontrado notas de giros emitidos por Hendry Willanson.

El aludido palideció tan intensamente, que Douglas creyó que iba a desmayarse. Tardó unos segundos en rehacerse.

—¿Cuál es su nombre?

—Purcella Webb.

Aunque lo esperaba, la confirmación de la noticia fue un mazazo a la entereza del millonario, que gritó a Wood:

—¡Ha empezado a cumplirse la amenaza! ¡Mañana, quién sabe si dentro de unas horas, moriré yo!

—Cálmese —aconsejó el inspector, cuyo semblante tornóse serio, duro—. El asesino será detenido en breve. ¿No es así, Alfred?

—Nos esforzaremos en que suceda como afirma, pero necesitamos ayuda. ¿Quiere explicarme a qué obedece el miedo de ese hombre?

—Lo haré en jefatura a las diez en punto. Procure estar en el despacho del comisario.

—Lo intentaré. No obstante, he de hacer unas preguntas a Willanson.

—Se las responderé yo. No vacile, Carra. No se arrepentirá. Le diré más cosas de las que ahora conseguiría saber.

—Confío en su promesa.

El agente se incorporó, dando por terminada la entrevista. Tras una breve despedida, acompañado por Hendry y Douglas, abandonó el edificio. El millonario, en la misma puerta, miró al inspector.

—¿Qué se propone hacer?

—Visitar el domicilio de Purcella Webb y ocuparme de descubrir al criminal.

—¿Le acompaño?

—Conviene que no salga de su despacho y extreme las precauciones. Si el asesino ha comenzado a actuar, su vida corre peligro. Me moveré con más libertad. Voy a vestirme.

—¿Llamo al médico para que le cure la brecha de la cabeza?

—No. Carece de importancia. Encargue el desayuno. Las emociones me han abierto el apetito.

Veinte minutos más tarde, Douglas Wood tomaba unos bocadillos, regándolos con zumo de naranja.

—¿No come, Willanson?

—No. ¡Pobre Purcella! Se me olvidó preguntar a Alfred Carra por su hijo. El pobre Aloysius estará inconsolable.

—Ya pensé en él. Quizá pueda darnos una pista.

Wood tomó un habano de la caja del millonario, encendiéndolo con pulso sereno. Willanson parecía haber envejecido de golpe diez años.

—Afronte el porvenir con optimismo, Hendry. Pediré a la policía que destaque dos hombres para que custodien el hotel. Nada adelantará atormentándose. ¿No me contesta?

—Recordaba a Robert, Eric y Marjorie que, en Chicago, ignoran que sus vidas corren un riesgo inminente. «Te precederán en la muerte seres a quienes estás ligado por la sangre», decía una de las amenazas. ¡Les escribiré!

—No lo haga. Su carta no haría más que intranquilizarles.

El anciano, hundido en el sillón, no tuvo ánimos para oponerse.

—Le obedeceré. ¿Quién es mi mortal enemigo?

El inspector sonrió:

—Si pudiera contestar a esa pregunta, el caso estaría resuelto. Intentaré hacerlo con la mayor brevedad.

Se incorporó para marcharse. Willanson dijo:

—No olvide que le espero a comer, ávido de noticias.

—Procuraré que sean gratas. No se moleste en acompañarme.

Wood estrechó la mano de su interlocutor. James Miller le abrió la puerta, acompañándole hasta la verja. Dijo con timidez:

—Perdone. ¿Cree oportuno que en vez de ocuparme de la limpieza vigile el despacho del señor Willanson?

—Si. Procure que él no se dé cuenta.

Douglas avanzó por la calle South. Apenas hubo caminado cien metros, un hombre le abordó:

—¿Me permite que vaya con usted?

Era Alfred Carra. Wood, golpeándole afectuoso en un hombro, sonrió:

—Desde luego. Me será muy útil. ¿Le han encargado de capturar al asesino de Purcella Webb?

—Si. Por eso deseo su ayuda. Yo le prestaré la mía. ¡Ah! Y mi obediencia.

—No soy su superior.

—Oficialmente. Pero continúo considerándole como tal. Usted me enseñó lo que sé. ¿Admitirá mi colaboración?

—Depende Soy un particular que se distrae capturando indeseables

y vive de ello.

—Tengo ahí mi coche.

Montaron en un «Ford» modelo 1963, aparcado en las inmediaciones y, minutos después cruzaban la ciudad en dirección a Frederick Street.

Wood contempló, gozoso, San Francisco, al que tanto había echado de menos en Londres. Por un momento, creyó estar en la capital inglesa. La niebla parecía agarrarse al macadam, no resignándose a ser vencida por el sol.

Pasaron ante la Universidad de California y la Escuela de Medicina, dos edificios orgullo de la población, cruzando frente al parque de Buena Vista. Más tarde, el vehículo se detuvo en Frederick Street.

—Aquí es —dijo Alfred—. En el segundo piso.

Subieron de dos en dos las escaleras, siendo saludados en la puerta de entrada al domicilio de Purcella Webb por un agente de uniforme.

—¿Se llevaron el cadáver?

—Aún no. El juez no tardará.

No tuvieron que andar mucho. En el pasillo, en el que había un reguero de sangre, se hallaba tendida una mujer con un puñal clavado en el corazón.

—Buen golpe —comentó Wood—. Dado por un profesional.

El inspector se inclinó sobre la muerta, examinándola. Su rostro había adquirido extraordinaria rigidez. Al incorporarse, centelleaba su mirada.

—Odio a los asesinos —exclamó con voz ronca—. ¿Cuál es su teoría, Alfred?

—Según el forense, Purcella Webb murió entre la una y las dos de la madrugada. Alguien llamó a la puerta, y la mujer salió a abrir. Invitó a entrar al desconocido, dándole la espalda. Este, apenas hubo cerrado, obligó a su víctima a mirarle. Entonces, asestó la mortal puñalada. El vestido tiene un roto en el hombro izquierdo. Me extrañó que vistiera de calle. El portero me dijo que Purcella acostumbraba a retirarse tarde, y que la oyó llegar a las doce y media.

—Bien razonado. ¿Y su hijo?

Alfred miró a Douglas con sorpresa.

—¿Qué hijo? Vivía sola.

—Ya le explicaré. ¿Registraron la casa?

—Sí. No encontramos nada de particular, a no ser un sobre dirigido a Aloysius Webb y los avisos de giros.

—¿Dónde lo tiene?

—Aquí. Hay huellas confusas que, según el especialista, no pueden analizarse. ¿Quién es Aloysius?

—Un hijo de la muerta y de Hendry Willanson. Sin duda el padre se negó a reconocerle. ¿No hay ningún retrato?

—No.

—Me gustaría comprobarlo. ¿Le importa?

—Al contrario. Le ayudaré.

La minuciosa búsqueda en la alcoba de la muerta no dio otro resultado que el previsto por Alfred. Mientras el inspector se afanaba por hallar una fotografía del misterioso Aloysius, Carra continuó explicándole lo descubierto:

—El arma homicida fue manejada con guantes de goma. Han sido encontradas en el puño de madera unas partículas de tal sustancia.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—El repartidor de leche, a las seis de la mañana. Al dejar la botella en el sitio de costumbre, vio un reguero de sangre. Llamó y, como no obtuvo respuesta, despertó al portero y avisaron a la policía. ¿En qué piensa?

—En Aloysius Webb. Vayamos a ver al comisario. No nos enfrentamos con un criminal vulgar. Purcella Webb no es más que la primera víctima. ¿Me lleva a la central de teléfonos? He de celebrar una conferencia con Chicago.

Alfred Carra asintió, confiado en la promesa que el inspector le hiciera de informarle de cuanto sabía, en el despacho del jefe del distrito. Wood penetró en un edificio de veintiséis pisos, en el que se funden las más modernas ideas de la arquitectura norteamericana, y solicitó, en una ventanilla, conferencia con la ciudad del lago Michigan.

—La tendrá en unos minutos, señor. Esté a la escucha en la cabina número doce. ¿Qué abonado solicita?

—Deme la guía, y ahora se lo diré.

Aplastó en un cenicero el habano a medio consumir. No le fue difícil encontrar a Robert y Eric Willanson.

Douglas Wood, junto al aparato telefónico, aguardó la llamada, que no tardó en producirse.

—Chicago al habla —le dijo una voz sin modulaciones.

—Gracias, señorita. ¿Es el domicilio de la señora Gimbau?

—Sí. ¿Qué desea?

—Avisé a cualquiera de sus hijos, si es posible a uno de los varones. Soy amigo suyo.

—Salieron anoche para San Francisco. Robert ha sido designado auxiliar de la Facultad de Medicina, Eric va de abogado a una importante firma y Marjorie de dibujante al *Chronicle*. La señora partirá dentro de una semana, cuando terminen de embalar los

muebles. Ahora descansa. No está bien del corazón. De todas formas, la llamaré.

—No; no lo haga. Telefonaré más tarde.

—A su gusto. ¿Me dice su nombre, por favor?

—No es preciso.

El inspector Douglas Wood colgó el auricular, permaneciendo pensativo unos segundos. La coincidencia era extraordinaria. Se iniciaba el cumplimiento de la amenaza contra los allegados por la sangre a Hendry Willanson, y los tres hijos legítimos del millonario se trasladaban al lugar donde operaba el asesino.

Con semblante preocupado, abonó el importe de la conferencia, montando en el «Ford» de Alfred.

—¿Malas noticias?

—Sí. Es urgente que veamos al comisario.

Carra pisó el acelerador encaminándose a la jefatura de la Metropolitana. Ansiaba conocer los detalles que el inspector prometió darle. Un interrogante desvió un segundo su atención del enorme tránsito que obstruía la marcha del vehículo.

—¿Qué protección es la más eficaz para personas amenazadas de muerte que no se resignen a permanecer en sus casas bajo custodia?

—Sin duda alguna, la cárcel —Alfred vio sonreír a Wood—. No pensará encerrar a algún inocente.

—Quién sabe. Si de veras no ha olvidado mis consejos, como afirmó delante de Willanson, recordará que no acostumbro a detenerme en demasiados legalismos. ¡Cuidado!

Alfred, que se había distraído, frenó a dos pulgadas de un coche que maniobraba para dirigirse a la Gran Avenida de San Francisco.

No hablaron más hasta no encontrarse en el despacho del comisario del distrito al que Carra pertenecía, amigo de Douglas Wood.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? Veo que no olvidas a tus camaradas.

—Os echaba de menos —el inspector se volvió a Alfred—. ¿Sigue Adam Larkey con tan mal genio? —como no obtuviera respuesta, dedujo—: Veo que sí. Su silencio lo indica.

Palmoteó en la espalda al comisario, y los tres hombres tomaron asiento. Wood, ofreciendo cigarrillos a sus amigos, comenzó:

—Lamento no haber venido desde Londres, como te supones, a dar un abrazo a los que fuisteis mis compañeros en la Metropolitana. Me trae un grave asunto relacionado con el asesinato de Purcella Webb.

—¿Qué tienes tú que ver con esa cantante de cabaret?

—Más de lo que supones.

Refirió con todo detalle cómo había sido llamado por Hendry

Willanson y la historia que este le contara.

—Cuál no sería mi sorpresa al recibir la visita de Carra para interrogar al millonario acerca de sus relaciones con Purcella, la primera víctima.

Relató el resultado de su conferencia telefónica con Chicago y la necesidad de proteger a los tres hermanos. Una vez que hubo terminado aguardó el comentario de Adam Larkey.

—El puñal se clavará de improviso en cualquiera de ellos, sin que nadie pueda evitarlo. ¿Qué harías, Douglas? ¿Cuáles son tus proyectos?

La respuesta de Wood fue mesurada. El inspector iba eligiendo sus palabras para no encontrar excesiva resistencia en el comisario. Al terminar, hubo una larga pausa. Douglas habló de nuevo para apoyar sus planes:

—Prepararé bien el engaño para que ningún abogado pueda querellarse contra el departamento y mucho menos contra ti. Tardarán dos o tres días en conseguir la libertad provisional. Quizá, mientras tanto, Alfred y yo detengamos al asesino.

Adam Larkey movió la cabeza, dubitativo.

—¿Y si no sucediera así?

—Entonces tendríamos que decir a esos muchachos la verdad. ¿Aceptas?

—No sé nada. Me limitaré a comprobar la denuncia que un «desconocido» —matizó la palabra— hará telefónicamente. ¿Te basta?

Alfred estaba asombrado de que su jefe, el reglamentarista comisario, accediera a tal superchería contraria a la ley. Contempló a Wood con admiración. ¡Solo un hombre excepcional sería capaz de conseguir tan increíble metamorfosis! Sugirió con timidez:

—¿No tendrá Hendry Willanson un retrato del desaparecido Aloysius?

—Se lo preguntaré a la hora de comer. Estoy invitado a su mesa. ¿Sospecha de él, Alfred?

—Es el único que se beneficia con la muerte de los legítimos hijos de Willanson. Millón y medio de dólares es una suma considerable. ¿Vamos al laboratorio, inspector?

—Si. Estudiaremos la ficha técnica del caso.

Adam Larkey rogó a Douglas:

—Necesito quedarme unos segundos con Carra. Ahora se reunirá contigo.

—Como gustes.

Apenas hubo salido Wood, el comisario, severamente, ordenó a Alfred:

—Procure no separarse de él y téngame al corriente de lo que hace.

El inspector es uno de los más sagaces detectives, pero demasiado audaz. No quiero complicaciones.

—Procuraré obedecerle, señor.

—¡Ah! Ni una palabra a nadie de lo que acabamos de hablar. No sé por qué accedí a semejante farsa.

—Yo tampoco, señor... Perdone... No quise...

—No se disculpe, Alfred. Manifestó sus ideas en alta voz. Vaya con Douglas y que Dios nos proteja.

Abandonó el agente el despacho de su superior y, por un largo pasillo, llegó a una amplia sala en la que trabajaban cuatro hombres. Uno de ellos, que examinaba las partículas de goma a que hiciera alusión Carra, levantando la vista del microscopio petrográfico, afirmó:

—Es indudable que utilizaron unos viejos guantes de cirujano. De no ser así, no se explica que se adhirieran partículas al mango del arma homicida. El asesino puede ser un médico. La puñalada fue, además, perfecta. El cuchillo penetró por el espacio intercostal.

Alfred y Douglas se miraron, asaltados por idéntico pensamiento. El inspector, encendiendo un cigarrillo, inquirió:

—¿Trajeron ya el cadáver?

—Si. El forense está redactando el informe.

—Vayamos a verle, Alfred. Es posible que nos anticipe su dictamen.

El doctor les dijo que la muerte instantánea, fue producida por una cuchillada en el corazón. El arma no rozó hueso.

Ya en la calle, Carra inquirió:

—¿Nos dedicaremos a localizar a los hermanos Willanson?

—Así es. De no encontrarles antes de la una, tendrá que continuar solo las investigaciones mientras yo me dirijo a casa de Hendry Willanson...

CAPÍTULO III

El millonario se mostró visiblemente preocupado con las noticias que el inspector le facilitó.

—¿Es posible que la matara su propio hijo? ¡No! Sería espantoso. ¿Habrá muerto también Aloysius?

—Esas preguntas me obsesionan desde que encontramos el cuerpo de Purcella Webb.

Habían terminado de comer, trasladándose a la biblioteca, en la que James Miller, el mayordomo, les sirvió el café y los licores. Durante toda la mañana, el inspector se esforzó inútilmente en localizar a cualquiera de los Willanson. Marjorie y Robert no se habían presentado en el *Chronicle* y en la Facultad, respectivamente. En cuanto a Eric, ignoraba el nombre de la firma comercial en que estaba empleado. Siempre quedaba un recurso para averiguarlo: una nueva conferencia con Chicago. Sin embargo, Wood no deseaba intranquilizar a Jessica Gimbau, la divorciada esposa de Hendry.

Alfred Carra, desde la jefatura, fracasada la visita al aeródromo y a las líneas regulares de autobuses, sin duda estaría telefoneando a los hoteles.

La voz angustiada del millonario le sacó de su abstracción:

—¡Tiene que encontrarlos, inspector! ¡Los matarán!

—Me esfuerso en conseguirlo. Lo averiguaré antes de que anochezca.

—Telefonéeme apenas lo sepa. ¿Me lo promete?

—Si. ¿Ha notado algo anormal?

—Dos individuos no cesan de pasear frente al chalet. Me inquieta su presencia.

—Tranquilícese. Son de la Metropolitana. El comisario cree oportuno vigilar la casa para evitar que se cumpla la terrible amenaza que pesa sobre usted.

Willanson respiró aliviado.

—Gracias. Llevo más de una semana sin abandonar mis habitaciones. ¡Cuándo terminará esto!

—Pronto. Confíe en mí.

El inspector Wood se puso en pie para marcharse. El anciano, sin una palabra, le tendió la diestra, que Douglas estrechó.

—¿Cenará conmigo?

—Posiblemente, no. Regresaré tarde.

—Le aguardaré levantado. Tranquilíceme con respecto a la seguridad de mis hijos. Ahora que los sé en peligro me doy cuenta de que los quiero más de lo que ellos pueden suponer.

—Se lo he prometido. Hasta la noche, Willanson.

—Adiós.

Un taxi condujo a Wood a la jefatura, en la que halló a Alfred.

—Nada, inspector. Parece como si se los hubiera tragado la tierra. Nadie se ha inscrito con esos nombres. Solo queda el recurso que usted no quiere utilizar. ¿Pido la conferencia?

—Lo haré más tarde. Dediquémonos ahora a la búsqueda de Aloysius. Interrogaremos a los vecinos de Purcella. Hendry no posee ningún retrato de él. También ignora la firma de automóviles en que trabaja. Encargue al telefonista que inquiera noticias suyas en los establecimientos y agencias del ramo. ¿Disponemos de su coche? No todos los agentes pueden permitirse ese lujo.

—La policía para mí es una vocación. Poseo una regular fortuna heredada de mis padres.

—No lo ignoraba. Era una broma.

Sus investigaciones en la casa de Frederick Street fueron nulas. Nadie había visto a Aloysius ni oído hablar de él a Purcella Webb. A instancias de Wood, penetraron en el Golden Gate, el espléndido parque de San Francisco y, dejando aparcado el vehículo en uno de los caminos para carruajes, se internaron en una umbrosa avenida. Carra fue el primero en comentar:

—Seguimos a ciegas, como al principio. El asesino goza de libertad de movimientos.

—Lo más enojoso —añadió Douglas— es que el temor de un ataque a los Willanson me impide hacer otras averiguaciones. No queda sino telefonar a Chicago. Me esforzaré en no intranquilizar a la buena señora.

—¿Siente simpatía por ella?

—Si.

—¿Por haber soportado a Hendry?

—En efecto. Buen observador, Alfred.

El joven, con modestia, explicó:

—Carece de moral y usted no puede tenerle afecto. Aún no sé por qué se encargó de protegerle.

La frase encerraba una velada pregunta que Wood no creyó oportuno contestar. Hábilmente desvió el diálogo.

—¡Aloysius! Empieza a obsesionarme ese hombre. Resolvamos de una vez la incógnita del paradero de los Willanson.

Sin aguardar respuesta, el inspector se encaminó al «Ford», seguido

de Carra que, ya en Teléfonos, entró con él en la cabina. Douglas se puso al habla con Jessica Gimbau.

—Perdone que la moleste, señora. Soy muy amigo de Robert... compañero de carrera. Llamé anteriormente para tener el gusto de conversar con él y me dijeron que había partido para San Francisco. ¿Podría darme sus señas?

—Con mucho gusto —contestó una voz de mujer desde el otro lado del hilo—. Se hospedan en casa de un amigo que les presta su apartamento durante los tres meses que durará su excursión por Europa. Podrá encontrar a Robert en el 128 de Fourt Street, tercer piso, cuarto número tres. ¿Quiere decirles que me telefonen? ¡Son unos ingratos!

—Lo haré, señora. ¿Cómo sigue de salud?

—No muy bien.

—No la molesto más. Adiós.

—Buenas tardes, señor.

Wood colgó el auricular, con rostro satisfecho. Había separado levemente el auricular de su oído para que Carra pudiese oír las respuestas y por ello no tuvo que dar explicaciones a su colaborador.

—Pondré en práctica mi plan. Iré a verlos sin pérdida de tiempo. Si no estuvieran repetiré mi visita. Usted debe intervenir alrededor de las doce de la noche. Le acompañarán dos agentes uniformados.

Le dio más instrucciones y se separaron. Hasta que llegara la hora de actuar, Alfred intensificaría sus investigaciones en torno a Aloysius.

—¿Quiere que le lleve en mi coche?

—Gracias. Prefiero caminar. Así ordenaré mis ideas. No es fácil la entrevista.

—Lo supongo.

Invirtió treinta y cinco minutos en el recorrido. Al fin se detuvo frente a una puerta en cuya parte superior había un tres metálico. Luego de una breve vacilación pulsó el timbre. Su alegría fue enorme al sentir pasos de mujer. Una muchacha le franqueó la entrada.

—¿Qué desea?

Douglas contestó, con una sonrisa cordial:

—Hablar con usted y sus hermanos, señorita Marjorie.

—¿Me conoce?

—Ya ve que sí. ¿No me invita a pasar? Vengo a hacerles un favor.

El asombro de la joven iba en aumento.

—¿A nosotros?

—Si.

—Entre. ¿No será un vendedor de aspiradores o algo por el estilo?

—Tranquilícese.

Mientras avanzaba por el estrecho pasillo, el inspector no pudo por menos que admirar el estrecho talle y las redondas caderas de la hija de Hendry.

El corredor desembocaba en una habitación amueblada con un tresillo en granate, en cuyos butacones se hallaban sentados dos hombres, que se incorporaron al verlos. Uno en el que por la foto de Prensa, Wood reconoció a Robert, era de ancha musculatura, más propia de un boxeador que de un médico, nariz aplastada y rostro noble. El otro, más delgado, de mirada penetrante y extraordinaria viveza. Marjorie poseía un rostro perfecto, de líneas suaves. Douglas rompió el silencio:

—Temí no encontrarles. Pensé que estarían recorriendo la ciudad.

—Ya lo hicimos ayer —repuso Eric—. Llegamos a las tres de la tarde. Robert vino en su automóvil. Nosotros en el tren. ¿Quién es usted?

—Un detective particular —fue la ambigua respuesta—. Les conozco porque les vi retratados en el *Chicago Tribune*. Usted es abogado, su hermano médico y Marjorie, dibujante. ¿No es así?

—En efecto —asintió Robert—. Sentémonos y sepamos el motivo de su visita.

El inspector Wood hizo una pausa espectacular.

—Vengo a prevenirles de que pretenden asesinarles.

La muchacha y Eric palidecieron, más de estupor que de miedo. El abogado fue el primero en reaccionar.

—Déjese de truculencias. ¿Tiene aspecto de perturbado, Robert?

—No —contestó el aludido—. ¿A quién representa? Dijo que era detective, y nosotros no hemos reclamado sus servicios.

—Lo ha hecho alguien muy allegado a ustedes: Hendry Willanson.

Marjorie, con los labios temblorosos de indignación, se puso en pie.

—Si va a referirse a ese hombre, será mejor que se marche.

—Refrene sus nervios, señorita. Supongo que no ignorarán la existencia de Purcella Webb. Esa mujer murió anoche de una puñalada en el corazón. Las próximas víctimas serán ustedes si no me escuchan sin interrumpirme. No quiero inmiscuirme en sus asuntos particulares. Aunque conozco la historia de su padre y las causas de su divorcio, por vez primera él se porta noblemente.

—No lo creo —terció Eric—. ¡Es un canalla, un miserable, un...!

—Continúe. No se interrumpa.

El abogado, recobrando la calma, apremió:

—Termine de una vez.

—Para ello es necesario que empiece —repuso Wood, sin desconcertarse—. ¿Me dan un vaso de agua?

El inspector quería imponerse a los Willanson y para ello nada mejor que no perder la serenidad. Marjorie salió de la estancia regresando con lo solicitado por Douglas, que bebió sin ganas. Luego, muy despacio, comenzó a referir la historia de las amenazas que el desconocido asesino hizo al millonario, así como el descubrimiento del cadáver de Purcella. Mientras hablaba introdujo un sobre blanco entre el tapizado del diván, por una de las fisuras formadas por el asiento y uno de los laterales. Nadie reparó en la maniobra. Al terminar, los hermanos se consultaron con la mirada. Robert fue el primero en hacer uso de la palabra:

—Se ha referido a la existencia de Aloysius, nuestro heredero. ¿Le supone culpable?

—No lo sé. Pensemos que es posible que cuando ustedes hayan muerto se presente y demuestre que no tuvo participación en los crímenes. Entonces percibirá millón y medio de dólares.

El abogado, que escuchó en silencio el largo relato, inquirió:

—¿No se ofenderá si pregunto a la jefatura de la Metropolitana por Purcella Webb? Es todo demasiado... espectacular para creerlo sin comprobaciones.

—Haga lo que se le antoje.

Salió Eric de la habitación, en la que, una vez más, imperó el silencio. Wood no cesaba de mirar a Marjorie, diciéndose que solo conoció a una mujer capaz de igualarla en hermosura: la que había llenado de luto su corazón.

—Aún no nos ha dicho cómo se llama, señor detective —dijo ella.

—John Smith —respondió el inspector—. Ahí llega su hermano. ¿Les he mentado?

—No —contestó Eric—. Empiezo a preocuparme.

Se acomodó en un sillón. Satisfecho del efecto psicológico logrado, Wood agregó:

—Hendry Willanson está angustiado con la idea de que pueda sucederles algo. Se encuentra viejo y enfermo y sin nada grato que recordar, se aferra al cariño que les profesa.

—¡Nos odió siempre! —exclamó Marjorie.

—Hoy, no. Conserva el periódico con la fotografía del *Chicago Tribune*, y su voz se quiebra de emoción al nombrarles. El arrepentimiento obra milagros. No pretendo reconciliarles. ¿Cuándo comenzarán su trabajo?

—Mañana mismo —respondió Eric por todos.

—Se separarán durante parte del día.

—Así es —respondió no sin burla la muchacha—. En el *Chronicle* no tienen acomodo los médicos.

—Y si en el depósito de cadáveres de la Facultad entra Marjorie, los muertos resucitarán para mirarla —terminó Robert en el mismo tono.

Douglas, picado por la jocosidad de sus interlocutores, muy serio, afirmó:

—Celebro que lo tomen a broma. Yo, en realidad, no soy sino un representante de máquinas eléctricas para el hogar. Me he enterado de su viaje y vengo a ofrecerles un lavaplatos y un molinillo de café. Para interesarles, he inventado la historia de Purcella Webb. ¡Ah! Si necesitan un buen entierro, se lo proporcionaré también. Buenas tardes.

Se incorporó para marcharse. Eric se lo impidió.

—Disculpe a mis hermanos. ¿Qué más tiene que advertirnos?

—Les suplico que, con cualquier pretexto, demoren salir de casa. No frunzan las cejas. Son jóvenes y no cobardes; pero la prudencia es la más admirable virtud. Se lo ruego en nombre de su madre. Si les ocurriera algo no sobreviviría. ¡Ah! Llamé a Chicago y me ha encargado les reproche su ingratitud por no telefonarle.

Marjorie, interesada de pronto y quizá arrepentida de haberse mostrado sarcástica, pidió:

—Siéntese de nuevo, señor Smith. ¿Habló con ella?

—Sí. Me facilitó sus señas.

Robert, hosco el semblante, interrogó:

—¿La intranquilizó?

—No. Me limité a presentarme como un amigo de usted —de nuevo el inspector se acomodó en el diván—. Yo no me sentiría muy seguro. El criminal usó guantes de cirujano, asestando una puñalada profesional. Si la Metropolitana lo cree conveniente, le molestará. Le voy a razonar en agente de la Ley. Usted se separó de sus hermanos e hizo el viaje solo. ¿Por qué?

—Tenía que hacer unas gestiones urgentes.

—¿A qué hora se encontró con ellos?

Robert fue a responder. Eric intervino:

—Lo haré yo por ti. ¿Cuándo se cometió el crimen?

—A las cinco de la mañana —mintió Wood.

—Tiene una buena coartada. Nos reunimos con él a las tres y media.

—No le sirve. El asesinato se realizó entre la una y las dos. No sean chiquillos. Carecen de experiencia. La Metropolitana encontraría el móvil del hecho. Purcella Webb se interpuso en la felicidad de la madre de ustedes.

Robert. Willanson, llevado al terreno de brusquedad que interesaba a Douglas, se levantó con violencia:

—¿Es una acusación?

—Una hipótesis. No se excite. Es una pésima defensa. Eric no ha perdido la serenidad porque conoce la delicada situación en que puedo colocarle si hago una visita al comisario encargado del caso. Mi silencio a cambio de su inmovilidad.

—¿Chantaje? —inquirió Robert, mordiéndose las sílabas.

—Por su bien. Sé que es tan testarudo que no aceptará; yo soy tan necio que no cumpliré mi amenaza. Escúchenme y graben mis palabras en sus cerebros. ¡Corren un mortal peligro! Todas las precauciones serán pocas. Permitan que tres agentes les custodien.

Eric negó:

—Es inútil. Sabemos cuidarnos. Pecaríamos de ingratos si no le agradeciésemos su interés. Puede retirarse.

—Me iré, puesto que lo desean. ¿Admiten un último consejo?

—Depende.

—A veces la Providencia vela por sus hijos. Si cualquier suceso les impidiera comenzar sus tareas esperen a recibir noticias mías. Buenas tardes.

Con una inclinación de cabeza el inspector salió del domicilio de los tres hermanos, lamentando su fracaso.

—No me perdonaría si les ocurriera algo —se dijo mientras bajaba la escalera—. Aún a su pesar he de salvarles.

Desde un *drug* telefoneó al anciano Willanson comunicándole las señas de sus hijos e invirtió el resto de la tarde y parte de la noche en enviar cartas desde la jefatura de policía, con la firma del comisario, a un importante notario de Chicago, al Banco en que Hendry depositó el millón y medio de dólares, y a Jessica Gimbau, a esta última anunciándole una visita para dos días después. Fue la única que Wood rubricó escribiéndola en papel particular.

Cenó en un restaurante de la calle del Mercado, penetrando en un cinematógrafo de sesión continua, que abandonó a las once y media de la noche para dirigirse a la residencia del millonario. Uno de los policías le saludó:

—Bienvenido a San Francisco, Wood.

—Gracias. ¿Ha salido alguien?

—No, señor. Hemos vigilado bien.

—Continuad haciéndolo hasta el relevo.

Abrió la verja con el llavín. Los perros ladraron, callando al reconocerle. El propio Hendry le franqueó la entrada.

—¿Qué tal están, inspector?

—Seguros de sí mismos. No se preocupe. ¿Me invita a un cigarro y a una copa en la biblioteca? Son las doce. Le contaré todas mis

gestiones.

—Le esperaba para rogárselo.

Los dos hombres penetraron en el lugar indicado por Douglas. El mayordomo les sirvió café y licores, retirándose discretamente...

CAPÍTULO IV

Siguiendo las indicaciones del inspector, Alfred Carra se encaminó, con dos agentes uniformados, a Fourt Street, al domicilio de los hermanos Willanson. En la puerta se detuvo, comprobando la hora exacta. Pasaban cinco minutos de las doce.

No le agradaba aquella misión, y esperó a terminar el cigarrillo que llevaba encendido. Luego, con un suspiro, penetró en el portal. El vigilante nocturno, al ver a los policías, juzgó oportuno abordarles. Era un hombre sencillo y no deseaba complicaciones.

—¿Me necesitan?

—No; gracias.

Subieron las escaleras hasta hallarse ante el departamento ocupado por los hijos del millonario. Alfred pulsó repetidas veces el timbre, sin obtener contestación. Se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura y un olor sobradamente conocido le estremeció. ¡Gas! ¿Se habría perpetrado ya el crimen? Ordenó:

—¡Derriben la puerta!

Los agentes que le acompañaban, hombres de recia musculatura, no se hicieron repetir la indicación y cargaron contra la hoja de madera. Dos minutos después la puerta, forzados los goznes, permitía el paso al interior. El olor a gas se hizo más intenso y los tres representantes de la autoridad tosieron. Carra dijo:

—Quedaos fuera. Si tardara en salir procurad sacarme.

Aspiró la mayor cantidad posible de aire y corrió al pasillo, llegando a un cuarto que comunicaba con el exterior por una ventana. Escociéndole los ojos, medio asfixiado, golpeó uno de los cristales con el cañón de la automática, haciéndole saltar. Introdujo por la abertura boca y nariz y respiró ávido. Después abrió de par en par para que la atmósfera se purificara. Había actuado a tientas, guiándose por los reflejos de los anuncios luminosos que alumbraban, a ráfagas de colores, la habitación. Buscó el interruptor de la luz. Se hallaba en un gabinete del que partían dos habitaciones, en las que entró. Al foco de su linterna eléctrica vio en la primera a una mujer y en la segunda, en camas gemelas, a dos hombres. Allí el olor era más intenso. Abrió también las ventanas.

Los dos policías se le reunieron.

—¿Están muertos, señor Carra?

—Lo ignoro. Busquen el escape de gas y tapónenlo.

Alfred se inclinó sobre Marjorie. El pulso, aunque débil, latía. Hizo lo mismo con Robert y Eric. Fue al teléfono, más no llegó a descolgar el auricular. Uno de los policías le informó:

—Se trata de un intento de asesinato. El gas entra por una goma a través de la ventana del cuarto de baño. Sin duda, hicieron una desviación de la tubería general. Las rendijas están tapadas con trapos.

—Bien. No borre posibles huellas. Que su compañero le ayude a sacar a los intoxicados a la sala.

Primeramente se puso al habla con jefatura, informando al comisario de lo ocurrido, a fin de que mandara un médico con la máxima urgencia, y después comunicó con Douglas Wood, el cual le dijo:

—No puedo presentarme allí. Téngame al corriente de lo que ocurra. ¿De veras no han muerto?

—No. Quince minutos más y no existirían. Volveré a telefonarle.

—Así lo espero, Alfred. Nuestro asesino no acostumbra a perder el tiempo. Hasta luego.

—Adiós, inspector.

Colgó, regresando junto a los Willanson, que continuaban sin sentido. La respiración de los jóvenes era más normal. Carra, no sabiendo qué remedio aplicarles, acercó los sillones a la ventana para que aspirasen mejor el aire de la noche. Hasta él llegaban los «cláxones» de los automóviles. El vigilante entró en la estancia.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Al parecer se dejaron abierta la llave del gas —repuso Alfred, que no deseaba dar demasiadas explicaciones—. ¿Quiere prestarnos un servicio? —el aludido asintió con el gesto—. Permanezca en la puerta y conduzca al piso a un médico que vendrá en un automóvil de la patrulla. No se inquiete. Saldrán de esta. La muchacha es preciosa.

—Si. Sería una lástima que muriera.

—¿No observó nada anormal?

—En absoluto. No salieron en toda la tarde, sin duda fatigados del viaje de ayer. Debieron acostarse temprano. ¿Quiere que cierre la llave general del gas? A estas horas nadie lo utiliza.

—Hágalo.

Mientras el vigilante salía, Carra examinó a uno de los hombres, que comenzaba a recobrarse. Le sirvió un vaso de agua de una jarra que trajo uno de los agentes.

—¿Qué sucede? ¡Me duele terriblemente la cabeza!... ¿Quién es usted?

—Un miembro de la Metropolitana. Dígame su nombre.

—Robert Willanson. ¿Y mis hermanos?

—Aún no han recobrado el sentido. No se mueva. No tardará en venir un doctor.

—Yo les atenderé. Soy médico.

Fue a incorporarse, pero un leve mareo se lo impidió.

—¿Qué diantres me pasa?

—Está intoxicado de gas.

—¿Gas? —inquirió Robert con extrañeza—. Yo mismo cerré la llave del piso.

—¿Quiere acompañarme al cuarto de baño? Alguien les quiere mal.

—Espere —tomó el pulso a Marjorie y a Eric convenciéndose de que no tardarían en volver en sí—. Vamos.

Penetraron en el reducido cuarto de aseo, en cuya parte superior se abría un ventanillo levemente alzado por el que penetraba una goma. La abertura estaba tapada con trapos.

—¿Comprende, señor Willanson? La escalera de incendios pasa por aquí. Debieron encaramarse por ella para realizar el criminal acto.

—¿Quién? —inquirió Robert.

—No lo sé, aunque confío en averiguarlo. Se oye ruido en el exterior. Debe haber venido el facultativo.

Así era. El médico del departamento, tras reconocer a los dos desvanecidos y al propio Robert, recetó un calmante para posibles dolores de cabeza, recomendando:

—El aire les tonificará. ¿Me necesita, Alfred?

—No. Gracias por su rapidez.

El facultativo abandonó el piso cuando Eric y Marjorie recobraban el conocimiento. Robert, en breves palabras, les informó de lo ocurrido.

—Debemos a este señor el seguir viviendo. Por cierto, ¿cómo llegó tan oportunamente?

Carra sonrió sin apartar su vista de la muchacha, que se hallaba en camión. Uno de los policías le trajo un batín del dormitorio, con el que ella se cubrió. Alfred, sentándose, extrajo su pitillera ofreciendo cigarrillos que los Willanson rehusaron.

—Me ha hecho una pregunta de enojosa respuesta. En jefatura se recibió por teléfono una denuncia acusándolo: de tráfico de moneda.

El estupor se reflejó en los rostros de los hermanos.

—¿Nosotros? ¡Qué ocurrencia! ¿Le creyeron?

—Afortunadamente para ustedes, sí. De no haber sido por tal hecho...

No necesitó terminar la frase. Sus interlocutores comprendieron.

—Tiene razón —reconoció Robert—. De todos modos, no concibo por qué nos gastaron esa broma.

Marjorie, que escuchaba en silencio, intervino:

—Si han querido asesinarlos debemos colaborar con las autoridades, en este caso con el señor...

—Alfred Carra.

La muchacha, con sencillez y brevedad, refirió la visita del detective contratado por Hendry Willanson. El agente, deseando saber hasta qué punto Marjorie era sincera, inquirió:

—¿Qué les une con ese caballero?

La joven tragó saliva antes de contestar, no sin esfuerzo:

—Es nuestro... padre... Por razones de tipo sentimental no nos tratamos...

—No es preciso que se violenta, señorita. Si la denuncia que han formulado contra ustedes es falsa, nadie les importunará. Les ruego que no se molesten por lo que voy a pedirles. Traigo un mandamiento judicial para hacer un registro.

Hubo un breve silencio. Robert comentó:

—Desde que vinimos de Chicago no cesan de asaltarnos anomalías. Un desconocido nos previene, se atenta contra nosotros y ahora se nos acusa de contrabandistas. No somos sino un médico, un abogado y una dibujante que aspiran a triunfar en sus profesiones. Busque lo que quiera. No le entorpeceremos su labor. Prepara unos combinados, Marjorie.

—Se lo estimaré de veras. El gas deja mal sabor de boca.

Alfred inició un minucioso registro en las habitaciones interiores. Para dar más verosimilitud a la farsa en que intervenía, dejó que transcurrieran dos horas antes de regresar a la sala. Por dos veces le ofrecieron combinados, que aceptó. Ahora que conocía a los Willanson le molestaba llevarlos detenidos. Introdujo la mano entre los asientos y los laterales del tresillo. En el diván encontró un sobre. Hubo de esforzarse para lanzar una mirada acusadora a quienes, sin contener su curiosidad, le rodearon.

—¿Qué es? —inquirió Eric.

—Ahora lo veremos.

Alfred sacó varios billetes de dólar y una nota mecanografiada dirigida a Robert Willanson. La leyó en voz alta:

—«Ahí van las muestras. Si se ocupa de pasarlos en San Francisco percibirá el cincuenta por ciento de lo que obtenga. Como otras veces, que le ayuden sus hermanos...» ¡Muy interesante! Sin firma. Siento que se hayan complicado en tan feo asunto. Me veo en la necesidad de detenerles.

—Pero...

La protesta de Marjorie fue cortada por Alfred:

—Lo siento. Las explicaciones pueden dárseles al juez.

—¿Y la orden de detención? —preguntó Eric.

—Aquí está. La solicité antes de venir. Es grande el tráfico de divisas con Oriente, un problema que apasiona a las autoridades.

Robert estalló:

—¡Es un atropello!... ¡Un disparate! Nosotros no...

Carra, muy en su papel, le interrumpió con firmeza, no exenta de amabilidad:

—Lo lamento de veras.

El médico, en actitud agresiva, dio un paso hacia Alfred. Los dos policías, creyendo que iba a atacar a su superior, desenfundaron los revólveres, encañonándole. Se hizo una pausa expectante. Marjorie, que no había perdido la serenidad, exclamó:

—¡Ya sé! Ahí estuvo sentado el que vino a vernos esta tarde.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió Carra con frialdad.

—John Smith.

—¿Y su domicilio?

Los dos hermanos se miraron.

—Lo ignoramos. Es el detective de nuestro padre. Quizá él se las facilite.

—Les prometo hacer cuanto pueda en su favor. No bien les deje en jefatura, iré a visitar al señor Willanson. Mientras esto se aclara permanecerán detenidos.

Eric impidió una airada protesta de Robert.

—Es inútil que discutamos. Obtendremos inmediatamente la libertad bajo fianza. ¿Nos va a esposar?

Aparentando no percibir el tono zumbón de la pregunta, Alfred repuso:

—Si me dan su palabra de honor de no intentar fugarse no lo haré. Tomaría con gusto otro combinado. ¿Se negará a hacérmelo?

—No, Alfred. Usted cumple con su deber. Adivino una maniobra de...

Calló a una imperativa mirada de Eric. Carra dijo:

—Continúe.

—¡Bah! Era una tontería. ¿Mucho *whisky*?

—Como usted lo prepare me sabrá a gloria.

Marjorie, irónica, agradeció.

—Por fortuna enviaron a un policía galante. ¿Es casado?

—No.

—Me alegro por su esposa. Si le llevara la contraria le creo capaz de procesarla por desacato a la Ley. Los criminales temblarán al verle. Posiblemente le asciendan por nuestra captura. Guárdenos el secreto. Voy a hacerle una confidencia —bajó el tono de voz para decir—:

Somos «La banda de los tres». Ayer nos comimos a dos chinos vivos.

Lanzó una sonora carcajada mostrando una dentadura perfecta. Alfred no se enojó. Aquella criatura era deliciosa. Por un momento estuvo a punto de reír también.

—Celebro que lo tome así. Es mejor para todos.

La joven llenó varias copas ofreciendo la primera a Carra.

—Tenga. ¡Necesito congraciarme con usted! —dio otros dos vasos a los agentes uniformados y a sus hermanos—. Yo no tengo sed —una vez que hubieron bebido exclamó—: ¡Eché un narcótico! ¡Seré la única en librarme!

Los dos policías, inquietos, miraron a su jefe, que no pestañeó. Robert, indignado por la frivolidad de Marjorie, barbotó:

—No sigas con tus chiquilladas.

—Bien. ¡Pondré cara de circunstancias! ¿Me da un cigarrillo, Alfred? Permítame que le trate con confianza. Le debo el seguir viviendo.

—Tenga. Me enorgullece que no lo haya olvidado y que se lo recuerde a sus hermanos. Me miran como a un enemigo —se volvió a los miembros de la Metropolitana—. Aguarden en la escalera.

Salieron los dos agentes y quedaron en la sala los Willanson y Alfred, que inquirió:

—¿Conocen ustedes a un tal Aloysius Webb?

—No —repuso Eric, por todos—. Prestaremos declaración en Jefatura.

—A su gusto. Solo quería ayudarles. Les dejo.

—¿No teme que escapemos? —inquirió Marjorie.

—No irían lejos. Además, tengo su palabra de honor.

Desde el vestíbulo se puso en comunicación con Douglas Wood al que, en voz baja, refirió el resultado de su investigación, tranquilizándole con respecto a la salud de los jóvenes. Preguntó:

—¿Sigo adelante?

—¡Desde luego! Esos chicos no estarán seguros más que en la cárcel. ¿No le emociona detener a una mujer tan bella? No se fíe. Es capaz de ridiculizarle en una caricatura. Le espero a las dos y media en los jardines de la plaza de la Unión. Desde allí nos dirigiremos a casa. Quiero darle un vistazo. Haga que le acompañe el técnico en huellas.

—No faltaré. ¿Qué le ha dicho a Hendry?

—Todo. Creo conveniente jugar con él a cartas descubiertas.

Carra colgó, penetrando de nuevo en la estancia donde le aguardaban los Willanson. Su cigarrillo se había consumido en el cenicero y encendió otro.

Media hora más tarde Alfred entró en el despacho del comisario

para referirle lo sucedido. Adam Larkey dijo:

—Wood estaba en lo cierto. De no haber sido por él, el asesino hubiera conseguido sus propósitos. ¿Qué piensa hacer, Alfred?

—Seguir actuando coordinado con el inspector. Lleva la iniciativa. Obtendremos éxito.

—No lo dudo. Douglas nunca fracasó. Si preguntan los Willanson por mí, dígales que me retiré a descansar. Así ganaremos unas horas. El abogado me presentará un serio problema. Me temo que mañana mismo vuelvan a su casa.

—Yo también. Son inteligentes y acusan a Wood de haberles dejado el sobre en la visita que les hizo para prevenirles bajo la personalidad de John Smith. Ella fue la primera en sospechar del inspector. Sus ojos poseen una viveza nada común. Se parece al abogado. Robert, el médico, es más primitivo en sus reacciones. No se muestran inquietos, sino sorprendidos. Apenas amanezca pondrán en juego influencias.

Con gesto de mal humor, previniendo una serie de complicaciones, el comisario reconoció:

—Ya lo sé. No es preciso que me lo repita. No puedo maldecir a Douglas por salvar tres vidas jóvenes. Busque al experto en huellas y vayan a reunirse con el inspector. Hasta mañana.

—A sus órdenes, señor Larkey.

Alfred Carra salió del despacho y, tras consultar su reloj de pulsera, se dirigió al encuentro de los tres hermanos para comunicarles una no halagüeña noticia:

—El comisario acaba de marcharse. Tendrán que pasar aquí la noche. Diré que saquen una butaca cómoda para usted, Marjorie —observó que Robert fruncía amenazadoramente el gesto—. No vaya a decir alguna inconveniencia. Hay que aceptar las cosas como vienen. Es una buena filosofía.

Robert, encarándose con Eric, dijo:

—¿Para esto sirve la ley que tú defiendes?

—Cálmate. Mañana se aclarará todo. Van a faltarnos cigarrillos, señor Carra.

—Tenga los míos. Compraré en cualquier *drug*.

Alfred vació su pitillera sobre la mesa, y lo dispuso todo para que Marjorie no sufriera demasiadas molestias. Luego se dirigió al laboratorio...

CAPÍTULO V

—Mis investigaciones han sido presididas por el fracaso más absoluto. Es fundamental localizar a Aloysius. Desde Jefatura han telefoneado a los establecimientos dedicados a la venta de automóviles de San Francisco, sin que dieran razón de él. En la tubería del gas y en la goma que el asesino introdujo por la ventana del baño no había huellas. Nos enfrentamos a un hombre superdotado para el mal. Ahora más que nunca necesito su ayuda.

Hendry Willanson, recostado en su sillón favorito, se apresuró a responder:

—Sabe que puede disponer de mí. Le he dicho cuanto sé.

—¿Aloysius es de Chicago?

El rostro del millonario se ensombreció.

—Si.

—¿Cuántos años hace que se separó de Purcella? ¿Cuándo nació el niño?

Con gran extrañeza de Douglas, el anciano replicó con viveza:

—No se lo diré. Es mi hijo, como los otros. Si por mí culpa le apresan y le ejecutan, no me lo perdonaré nunca.

—¿Le cree culpable?

—Si. De haberlo sospechado antes, no le hubiese hecho venir a usted desde Londres.

—¡Es un criminal!

—Lleva mi sangre. Él es como yo fui. Un hombre de fuertes pasiones.

—Si mató a su madre, no vacilará en hacerlo con usted también.

—Correré el riesgo. Le buscaré por mí mismo para que se traslade a Europa. ¡No quiero que muera en el cadalso! Antes de separarme de Purcella, conviví con él cinco años. Llegué a tomarle cariño. No quiero colaborar en su captura. Que la Ley se arregle como pueda para apresarle.

Douglas Wood, incorporándose, dijo, airado:

—¡Es usted un estúpido sentimental! ¿Acaso los hermanos Willanson no son merecedores de que se les defienda? ¿Quiere más a Aloysius, a un indeseable que a tres jóvenes llenos de vida y nobles ambiciones?

Hendry desvió su mirada de la del inspector:

—No lo sé. ¡Déjeme! Vuelva a Londres. Le pagaré lo pactado.

Restan por abonar veinticinco mil dólares.

En pie, se dirigió a su mesa de despacho, y de uno de los cajones extrajo el talonario de cheques. Llenó un talón por la mencionada cifra, rubricándolo con nerviosismo. Se lo entregó a Wood que, estudiadamente, lo hizo pedazos.

—No acostumbro a cobrar lo que no gano. Me considero en paz. Por lo que respecta a volver a Inglaterra, me quedo en San Francisco. Con su ayuda o sin ella, capturaré al criminal. ¿Tiene algo que comunicarme?

—Nada. Tan solo que no acose a mí hijo. Le daré lo que pida. ¡No es un soborno! Usted carece de personalidad oficial. Le contraté para que se ocupara de un asunto; ahora le emplazo para que se olvide de él. ¿Por qué no accede?

El inspector, tras meditar unos minutos, dijo:

—Déjeme pensarlo un par de días. Buenas noches, señor Willanson.

El millonario detuvo a Douglas:

—Espere aún. Le noto disgustado... No comprende mi comportamiento. Siéntese de nuevo, por favor. Se lo ruego.

—Aún puede mandármelo —respondió con sequedad el inspector—. Cobré veinticinco mil dólares, el cincuenta por ciento de la cantidad total de mis servicios.

Hendry, conciliador, tendió un habano a Wood.

—Enciéndalo. Fumar, serena los nervios y aclara la inteligencia. No pretendo entorpecer la acción de la Justicia. Que ella prosiga su trabajo. Tantas cosas intranquilizan mi conciencia, que no quiero añadir una más. Puedo hacerle rico, Douglas.

—Lo que me ofrece, ¿a cambio de qué?

—De su vuelta a Inglaterra, de no perseguir a Aloysius. No le propongo nada inmoral. Le suplico que no desaproveche la oportunidad que le ofrezco.

Wood se entretuvo en prender fuego al grueso cigarro, utilizando un encendedor de mesa. Su semblante se serenó. No supo disimular una sonrisa.

—Le prometo reflexionar. Posiblemente, pasado mañana venga a despedirme de usted.

Ya en el exterior, camino del hotel de la avenida de California, del que no retiró su equipaje, se trazó un plan a seguir. Desde sus habitaciones, telefoneó a una agencia de transportes.

—Consígame una plaza para el primer avión que salga con destino a Chicago. Si... A las ocho estaré en el aeropuerto. Envíeme el billete. Douglas Wood, Gran Hotel, habitación 236.

Colgó y, sin desvestirse, se acomodó en la descalzadora, junto a la

abierta ventana por la que penetraba el aire nocturno de la ciudad. No supo cuándo se quedó dormido. Le despertó el timbre del teléfono.

—Si... Al habla... Que suba.

Franqueó la puerta un botones que le entregó un sobre y una factura, que Douglas abonó. Tranquilizado, luego de poner el despertador a las siete de la mañana, se tendió en el lecho, no tardando en sumirse en un sueño reparador.

★ ★ ★

Con la indiferencia del que ha recorrido muchas veces la misma ciudad, el inspector Wood se trasladó desde el aeropuerto de Chicago a la oficina de Estadística, donde, como en casi todos los centros oficiales, tenía amigos. A uno de ellos le encargó que investigara el lugar de nacimiento de Aloysius Webb, advirtiéndole:

—Lleva el apellido de la madre, y no tiene treinta y cinco años. Si es preciso envía cables a la central de Washington. Yo abonaré el importe. Este es un asunto que me afecta íntimamente. No repares en gastos. ¿Tardará mucho?

—Una hora, a lo sumo, por muy complicado que resulte. El sistema de fichas es perfecto.

—Gracias. Me esforzaré en volver lo antes posible.

Con unas cordiales palabras y la promesa de referirle su aventura, una vez que hubiera finalizado, el inspector se dirigió al domicilio de Jessica Gimbau, cuyas señas recordaba de la guía telefónica que consultó en San Francisco.

A las cinco de la tarde era recibido por una mujer esbelta, prematuramente envejecida por los sufrimientos, pero que conservaba una serena belleza en su rostro.

—Permítame que me presente, señora. Soy Douglas Wood, y he de hablarle de algo enojoso, pero necesario.

—Siéntese, por favor.

El gabinete estaba adornado con lujo y exquisito gusto. Durante unos segundos, el hombre y la mujer se observaron con simpatía. El gesto agradable de Douglas impresionó favorablemente a Jessica.

—Usted dirá.

—No debe sobresaltarse durante el transcurso de mi historia. Por adelantado le diré que sus hijos gozan de perfecta salud.

—¿Por qué?

—Lo sabrá si tiene la paciencia de escuchar sin interrumpirme. El relato será doloroso para usted. He de ponerle en antecedentes de lo que ocurre.

—Empiece. Nada hay peor que la incertidumbre. Fume, si le agrada.

—Muy amable.

Douglas tardó en comenzar lo que en encender un cigarrillo y aspirar una vez el humo. Con voz cálida y lenta, se refirió a su llegada de Londres y, sin omitir el menor dato, fue refiriendo suceso tras suceso hasta el intento de asesinato de Eric, Robert y Marjorie, providencialmente evitado por Alfred Carra. Como la señora palideciera, se apresuró a continuar, agregando:

—Están en la cárcel. El sitio más seguro para ellos hasta que se capture a...

—Aloysius, ¿no?

—Exacto.

Wood pensó en la torpeza del delincuente. Todos, hasta los no iniciados en criminología, identificaban como culpable al hijo de Purcella. Jessica Gimbau no tardó en reaccionar.

—¡No!... Es imposible que sea capaz de asesinar a su propia madre. Ha de haber un error. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Que se traslade a cualquier hotel por una temporada, sin dar las señas ni aun a su servidumbre. Su vida corre grave peligro. No se sonría, por favor. No tengamos una nueva edición de Eric, Robert y Marjorie. Usted posee algo inapreciable. El pasado de su esposo. Las amenazas que Hendry ha recibido, dos de ellas clavadas en la cortina de su despacho, indican que se trata de una venganza...

—¿Una cortina azul? —inquirió la señora, palideciendo.

—Si. Parece de raso.

Douglas se extrañó de la emoción que tal recuerdo despertaba en Jessica. Se dispuso a averiguar por qué.

—En la historia que me contó su ex marido hay muchas lagunas que usted puede llenar. Hágalo por sus hijos. Serénese.

—Ha evocado usted, sin pretenderlo, una amarga realidad de mi vida, algo que no he conseguido olvidar.

El inspector guardó un respetuoso silencio.

—El que Hendry afirmara que su boda conmigo fue un error, revela su cinismo. Yo sí me equivoqué. A los pocos meses de la ceremonia, su conducta se tornó extraña. Era fácilmente irritable. Sin embargo, se comportaba bien conmigo. Tuvimos tres hijos. El nacimiento del último fue en una época de franco abandono. Una amiga me dijo que tenía una amante, mujer de cabaret.

—¿Purcella?

—Si. Una noche, ciega de celos, le seguí. ¡Nunca lo hubiera hecho! Le vi penetrar en un hotel del paseo de la Costa del Lago. Nerviosa,

estuve merodeando unos segundos. Al fin entré. La verja estaba abierta y, quizá por descuido, también la entrada. Atravesé varias habitaciones. Un grito de dolor se alzó, muy próximo. Luego oí ahogados sollozos. Sin saber lo que hacía, abrí una puerta. Un espantoso cuadro se ofreció a mis ojos. Una mujer joven, ataviada en bata de casa, con el rostro ajado por el exceso de pintura, lloraba en un rincón, mientras mi marido contemplaba a un individuo que, con un cuchillo clavado en el pecho y los ojos muy abiertos, quizá por la inminencia de la muerte, se sostenía en pie con los dedos crispados en una cortina azul. ¡Cuántas veces, en sueños, se me ha repetido idéntica escena!

Jessica Gimbau inclinó la cabeza con abatimiento. Wood no la interrogó, seguro de que ella completaría el relato. No se equivocaba:

—Mi esposo me miró con los ojos inyectados en sangre, no dando crédito a mí presencia. Yo debí insultarle, porque se acercó y, apretándome ferozmente un brazo, me amenazó con matar a mis hijos, si le denunciaba. Me dijo que el hombre que acababa de desplomarse al suelo era el primer amante de Purcella Webb, el cual, celoso, había querido asesinarle por la espalda. Acompañada por Hendry regresé a casa. En su despacho, le impuse la separación con arreglo a determinadas condiciones. Le aceptó todo. Inquieta por el porvenir de Eric, Robert y Marjorie conseguí millón y medio de dólares, aunque Hendry insistió en que solo los entregaría cuando él muriera. Redactó, con la facilidad de un buen negociante, el documento. Entonces supe por primera vez la existencia de Aloysius. No me opuse a la cláusula. Renuncié a una pensión. Tenía un pequeño capital y numerosas joyas que me permitirían vivir sin apuros hasta que los niños fuesen mayores. El divorcio, por la mutua anuencia, se tramitó en pocos meses. Ahora le traeré la copia del escrito que parece preocuparle. ¿Me oye, usted, señor Wood?

El aludido, absorto en sus ideas, repuso:

—Perdone. Acaba usted de abrir un nuevo camino a mis investigaciones. ¿Está segura de que murió el hombre al que vio junto a la cortina?

—No lo sé. Tenía un puñal clavado. No puedo decirle más. ¿Cree que Hendry es objeto de una venganza por parte de aquel desconocido?

—Quizá de algún familiar. ¿Me trae ese papel?

—No tardo nada.

Salió Jessica, dejando solo al inspector, que no la oyó regresar, tan abstraído estaba. Ella tosió ligeramente.

—¡Ah! Es usted. Deme.

Tomó un sobre, del que extrajo la copia de un documento notarial, que leyó despacio, sin encontrar nuevos datos. Preguntó:

—¿Puedo quedármelo?

Jessica Gimbau, después de una breve vacilación, repuso:

—Si. El original está en la notaría. ¿Se marcha? Quédese a cenar. Quiero tener mayor margen de tiempo para expresarle mi gratitud. Usted vela por mis hijos, y los ha salvado de morir.

Wood fue a rehusar la invitación, pero se contuvo. Tal vez en el transcurso de la comida, la señora recordase algo que hubiera olvidado referirle.

—Tendré mucho gusto en acompañarla a la mesa. No obstante, he de resolver unos asuntos de suma urgencia. Terminaré alrededor de las nueve.

—Le aguardo a esa hora. Considéreme una amiga.

—Gracias. La corresponderé custodiando, aun a su pesar a Robert, Eric y Marjorie. Grandes chicos. Hasta luego, señora.

—Le espero.

—No faltaré.

Jessica fue con Douglas a la puerta.

El inspector, deseando ordenar sus confusas ideas acerca del asesinato de Purcella Webb, paseó por la avenida de Michigan, sentándose en un bar frente al «Auditórium», magnífico edificio en cuya torre se alzan los servicios técnicos de la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos.

Ajeno al espléndido panorama del lago, surcado de embarcaciones de carga y de recreo, Douglas consumió un *high-balls*. Media hora después, regresó a la oficina de Estadística para escuchar la desconcertante noticia:

—No hay más que un Aloysius Webb registrado. Es un anciano de sesenta y ocho años. Estas son sus señas. El nombre no es corriente y, por tanto, rara la coincidencia con el apellido. He puesto un telegrama a Washington, y no tardaré en recibir respuesta.

Tendió una tarjeta a Wood, que agradeció:

—Es muy valiosa tu ayuda. ¿No te importa que me quede contigo hasta que llegue esa contestación?

—¡Encantado! ¿Comeremos mañana juntos? Así conocerás a mi mujer y a mis dos pequeños.

Douglas aceptó. Jessica Gimbau, con su relato, había transformado todos sus propósitos, obligándole a permanecer más tiempo en Chicago.

A las nueve menos diez, firme en sus sospechas, pues el informe recibido de Washington no le permitía localizar al verdadero Aloysius, cruzó la calle para montar en un taxi. Su serenidad le salvó la vida. Un automóvil negro le buscó, amenazando atropellarle. Dio un salto a la derecha. El vehículo le rozó con una de las aletas, derribándole. No

pudo tomar la matrícula del coche, por caer de espaldas. Al incorporarse, un policía de circulación le dijo, con malos modos:

—Le está bien empleado por cruzar sin que las señales se lo autoricen. Debiera multarle.

Wood sintió deseos de pegar a aquel hombre que cumplía con su deber, pero se contuvo. Inquirió:

—¿No iba el automóvil a más velocidad de la permitida?

—Quizá. De eso se encargarán los motoristas.

—En lo sucesivo, tendré más cuidado.

El guardia no entendió el doble sentido de la frase. Douglas subió a un taxi, que le condujo al domicilio de la divorciada esposa de Willanson. En el momento de pulsar el timbre, sonó un disparo en el interior.

Sin pararse a meditar las consecuencias de sus actos, esgrimió su automática y, apuntando a la cerradura, hizo fuego por dos veces. Con el arma empuñada y una agilidad increíble, de varias zancadas llegó ante un cuarto en el que se escuchaban gemidos. Abrió la puerta, viendo a Jessica Gimbau con un revólver en la diestra. Parecía una estatua. El inspector comprendió que era presa de un ataque de terror, y la cogió por la cintura, obligándola a sentarse. Al fondo, un hombre con el pecho ensangrentado, James Miller, el mayordomo de Hendry. Se inclinó y pudo comprobar que estaba muerto. Volvióse a la mujer, que aún empuñaba el arma con fuerte crispación nerviosa. Si conseguía que hablase, cesaría la crisis emocional.

—¿Qué ha sucedido? Tranquilícese. Yo la ayudaré.

Con entrecortada voz, mirándole por vez primera, ella repuso:

—¡Tenía usted razón! ¡Quiso matarme! ¡Dios mío, es horrible!

El revólver cayó al suelo. Jessica se cubrió el rostro con ambas manos, rompiendo a sollozar.

Tranquilizado respecto a la salud de la mujer —el peligro de un ataque disminuía con el desahogo de las lágrimas—, registró el cadáver. Al abrir la cartera, no pudo contener una exclamación de asombro. En una tarjeta de visita había un nombre, un apellido y una profesión.

ALOYSIUS WEBB REPRESENTANTE DE AUTOMÓVILES

—Sin señas —comentó en voz alta.

Halló también un carnet, a nombre del muerto, de una sociedad recreativa de San Francisco, licencia de conductor y tarjetas particulares. En el bolsillo izquierdo del pantalón encontró un puñado de billetes. Lo dejó todo donde estaba, regresando junto a Jessica

Gimbau.

—Serénese, señora. Pasó el peligro. Cuénteme lo sucedido. Yo me ocuparé de los trámites policiales. ¿Y su criada?

—No lo sé.

—No tardo en volver.

En el pasillo se oían comentarios, voces de mujeres y una de hombre. Douglas se enfrentó con los vecinos.

—¿Han avisado a la Metropolitana? —fueron sus primeras palabras.

—No —respondió una joven—. ¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente. Le estaba mostrando a la señora el manejo de un arma, y se disparó.

—No le creo. Al oír el primer disparo, me asomé a la mirilla, y pude verle descerrajar la cerradura, utilizando la pistola. ¿Qué le ocurre a Jessica?

—Nada. Pasen a verla. Usted, señor, llame a la comisaría más próxima.

Mientras las mujeres se apiñaban en torno a la madre de Eric, Robert y Marjorie, Wood meditó, sin apartar su vista del cadáver de James Miller. Entró un policía y Douglas, que necesitaba libertad de acción, le condujo a uno de los rincones, identificándose.

—Eche a esos curiosos, y avise a la sección de Homicidios.

—A la orden, señor.

Cinco minutos después, quedaron solos Wood y Jessica.

—Cálmese, señora, y hablemos de lo que interesa. Yo la defenderé.

La interpelada miró con gratitud a su interlocutor.

—Es muy amable. Apenas se hubo marchado, llamaron a la puerta. Transcurrieron cinco minutos sin que la criada viniese a comunicarme quién era, por lo que deduje que se trataba de algún equivocado de piso o un repartidor de circulares. Estaba bordando, y de pronto el cerebro me previno de un peligro. Vi a un hombre que llevaba una pistola en la mano. Me incorporé y tuve fuerzas para preguntarle si venía a robar. Su respuesta heló la sangre en mis venas. «No, a matarla».

Jessica guardó silencio para regular su agitada respiración.

—Me consideré perdida. De pronto, recordé que en uno de los cajones de ese escritorio —señaló el mueble— guardaba un revólver de mi padre. ¿Cómo cogerlo? Para ganar tiempo, ofrecí dinero por mi vida, muchos miles de dólares. Vi que se agrandaban de codicia los ojos del asesino, el cual me ordenó que se los entregara. La idea de no ver más a mis hijos, me infundió valor. Así el revólver, de espaldas a mí enemigo y, volviéndome, hice fuego. No recuerdo más. ¿Qué me aconseja?

—Salgamos a buscar a la criada. Es posible que necesite nuestro

auxilio.

Hallaron a la sirvienta sin sentido, con una moradura en la mandíbula, detrás de uno de los butacones de la sala en la que Jessica recibió por vez primera a Wood.

—¡Muerta! —exclamó la señora.

—No. Solo desvanecida. Traiga agua, y trate de dominar sus nervios. Es usted valerosa.

—La vida me ha tratado duramente.

Minutos después, la criada explicaba que abrió a un desconocido quien, con la culata de la pistola, le propinó un golpe en la barbilla. Inquirió con temor:

—¿Le han detenido ya, señora? Sin duda, era un ladrón.

—No te preocupes. Ve a la cocina y haz té.

Wood y Jessica se contemplaron. En la mirada de ella había angustia; en la de él, afecto.

—¿Tiene en Chicago una buena amiga?

—Sí; la esposa de Nick Morton.

—¿Cuál es su teléfono? Va a marcharse con ella una temporada. Llévase a su criada.

—Pero...

—La policía no la molestará. Se lo aseguro. No se torture en vano. Actuó en defensa propia. Sé que es terrible matar, más no le quedaba otro recurso. Desgraciadamente, sin tener puntería, el proyectil fue bien dirigido. Me hubiese gustado interrogar a ese hombre. ¿No le conocía?

—Es la primera vez que le veo. ¿Por qué se molesta tanto por mí? ¿Quién es usted?

—No se preocupe. Considéreme su providencia. Haga lo que le he dicho, y avíseme cuando se marche con su amiga. La acompañaré hasta su habitación. Llore a solas. Le hará bien.

La cogió del brazo con dulzura y, dejándola en la alcoba, regresó junto al cadáver, dispuesto a dar las explicaciones pertinentes a las autoridades que se presentaran, lo que hizo, no sin mostrar el mismo carnet que al policía.

—Cumplan con su deber. Pasado mañana podrán interrogar a Jessica Gimbau. Si precisan confirmación de Washington, pongan una conferencia.

El inspector encargado del caso, cortésmente, repuso:

—Nos basta con su palabra, señor Wood. El comisario del Distrito le conoce.

Una hora más tarde, la divorciada esposa de Hendry Willanson y la criada abandonaban la casa, en unión de una mujer de unos cuarenta

años, de rostro afable. El inspector, que no deseaba perder tiempo, se encaminó a las señas que de Aloysius Webb le facilitaron en la oficina de Estadística, con la certeza de que no era el hombre que buscaba...

CAPÍTULO VI

De regreso en San Francisco, Douglas Wood giró su primera visita a Alfred Carra, al que tuvo que despertar en su piso de soltero.

El joven que abrió la puerta malhumorado, exclamó, alegre de pronto:

—¡Inspector! Empezaba a inquietarme su tardanza. Creí que era algún recado para que me presentase en el distrito. Desde que mataron a Purcella Webb, no tengo un momento de reposo. He elegido una mala profesión. Pase. Le creía en Chicago.

—He llegado hace una hora, y, antes de entrevistarme con Adam Larkey, quise verle para que me contase las novedades. No me atrevo a enfrentarme con el comisario, sin saber a qué atenerme con respecto a sus reacciones.

—Hizo bien.

Habían llegado a una lujosa habitación, mezcla de biblioteca y cuarto de estar. Douglas, observando los cuadros que pendían de las paredes, el tresillo en raso verde y la mesita de fumador con incrustaciones en marfil, sonrió:

—¿No le da pena que todo esto sea solo para usted? Una mujer se sentiría feliz a su lado.

—Le desconozco, Wood. ¿Por qué no predica con el ejemplo? Siéntese.

Se acomodaron en los butacones. Douglas, repentinamente entristecido, comentó:

—Estuve una vez muy enamorado, a punto de casarme. Fue en París. Se llamaba Virginia Tannis. Un miserable, al que capturé más tarde, atentó contra nosotros. Yo pude salvarme. Ella pereció bajo las ruedas de un coche.

Había tanto dolor en las palabras del inspector, que Alfred Carra, impresionado, guardó silencio. Luego, empujando una caja tallada conteniendo cigarrillos, le invitó:

—Fume. ¿Qué descubrió en Chicago? ¿Era cierta la historia de Hendry?

—Sí, aunque, como sospechaba, con muchas lagunas desagradables para él.

Habló durante media hora. El asombro de Alfred iba en aumento. Cuando el inspector hubo terminado, dijo:

—¡Es increíble! ¿Qué piensa hacer?

—Esperar. No queda otra solución. Ya conoce mis novedades. ¿Y las tuyas?

—Son menos alentadoras. Eric Willanson, por medio del senador George Elkins, ha obtenido la libertad, y se prepara para entablar una demanda contra el comisario. Si la lleva adelante, le veo en un aprieto. Marjorie, que es una hábil dibujante, le ha reproducido de memoria con asombrosa fidelidad. Afirma que publicará en su periódico un artículo de lo sucedido, incluyendo el retrato. Adam Larkey está preocupado, y no hay posibilidad de abordarle para nada. Ayer me echó de su despacho. ¿Qué solución ve?

—¿No se atreve a sugerírmela?

Carra no contestó. Respetaba y admiraba demasiado a Wood para darle órdenes.

—No lo estimo correcto. Sin embargo, le acompañaré a visitar a los tres hermanos.

Douglas lanzó una carcajada, que contagió a su compañero.

—Es usted un hábil diplomático. ¿Qué vida hacen? ¿Han iniciado su trabajo?

—Sí. Esta mañana salieron los tres a las nueve para dirigirse a puntos distintos. Sin que ellos lo sepan, les custodian hombres de la brigada. Las siete y media es una buena hora para afrontar la situación. ¿Quiere dormir?

—Prefiero pensar. Acuéstese. Le llamaré, pasadas las seis. No gaste cumplidos. Le aseguro que trabajaré mejor.

—No insisto.

—Hasta luego, Alfred.

Salió el joven. El inspector se puso en pie para quitarse la americana, que colocó en el respaldo de una silla. Luego se sentó de nuevo ante la mesita y, sacando su estilográfica y su cuaderno de notas, comenzó a escribir nombres e hipótesis, que fue tachando o reformando. De vez en vez, se recostaba en el respaldo para fumar, con la mirada perdida en el techo. Le preocupaba su entrevista con los Willanson y más aún con Hendry. Era mejor aparentar que ignoraba la historia de la cortina. ¿Por qué el millonario conservaba lo que debía recordarle un triste suceso? ¿Qué le obligó a entregar hasta su muerte una pensión a Purcella Webb, si la había sorprendido con un amante?

La incógnita agigantábase en su cerebro. Comenzaba a vislumbrar una verdad, turbia, inverosímil...

Un reloj de torre, desgranando lento seis campanadas, le sorprendió. ¡Demasiado tarde para continuar sus deducciones!

Se incorporó. Le dolía la cabeza. Buscó el cuarto de baño y se dio una ducha, que le tonificó el sistema nervioso, quebrantado por la

vigilia y las preocupaciones. Se vistió, llamando a la alcoba de Alfred con insistencia. Una voz juvenil dijo:

—Gracias, inspector. En la nevera encontrará fiambres, pan y zumos de fruta. Desayune lo que le apetezca. Yo lo haré después.

Wood no se hizo repetir el ofrecimiento. Ni aun en los peores momentos de su vida perdió el apetito. Se le reunió Carra, quien tomó unos emparedados con cerveza.

—Ya son las siete. Sacaré mi coche del garaje.

A las ocho menos veinticinco, pulsaban el timbre de la residencia de los hermanos Willanson, en Fourt Street. Robert, que salió a recibirles, no supo contener un gesto feroz al reconocer a Douglas Wood.

—¿Viene a dejarnos otro sobre con billetes falsos? ¡Largo de aquí, antes de que le tire por la escalera!

El inspector, sin desconcertarse por una acogida que esperaba brusca, repuso en el mismo tono que su interlocutor:

—No sea necio. Quiero hablar con ustedes. ¡No les he hecho sino favores! Tiene demasiado carácter para ser un buen científico. ¡Vengo de Chicago, y les traigo noticias de su madre!

—¿Le ocurre algo? —inquirió, alarmado, el médico.

—También quisieron matarla.

La afirmación hizo palidecer al joven, que se apresuró a decir:

—Pase, señor Smith.

Alfred contuvo una sonrisa que afloraba a sus labios. Wood, sin un comentario, llegó a la sala donde le recibieron la vez primera, acomodándose en el diván. Robert salió para regresar con sus dos hermanos. Eric iba en mangas de camisa y Marjorie, en salto de cama. Fue la primera en ironizar:

—¡Vaya! ¿Vienen a vendernos alguna cacerola?

Secamente, el inspector replicó:

—A llamarles insensatos. No merece la pena que la policía vele por ustedes. Son tres chiquillos con el cerebro lleno de utopías de dibujos y de leyes. ¡Me están entrando ganas de darles una azotaina!

No contestó ninguno de los Willanson, mudos de asombro. Supusieron que aquel hombre iba a disculparse por su anterior comportamiento, y les insultaba. Eric fue el primero en reaccionar:

—Tiene treinta segundos para marcharse antes de que le apalee.

La sonrisa sarcástica del Douglas se acentuó.

—Me agradecería que lo intentase para romperle un hueso. No sería el primer polio al que arrancase los espolones. ¿No le interesa lo que le he dicho a su hermano acerca de su madre?

—Será otro embuste de usted. ¡Márchese!

Dio un paso hacia Douglas, en actitud agresiva. Alfred se interpuso:

—No tardarán en pedir perdón al que ofenden. Oíganle. ¿No se dieron cuenta de que quiso que les encarcelaran para librarles de una muerte segura, que él fue, y no yo, quien les salvó la vida? El señor John Smith no es otro que Douglas Wood, ex inspector de la Metropolitana, y uno de los más famosos investigadores. Él, previniendo que les asesinarían, trazó conmigo un plan para librarles del asesino. Acaba de venir de Chicago. James Miller, el mayordomo del padre de ustedes, quiso asesinar a Jessica Gimbau. Marjorie, pida conferencia con el domicilio de Nick Norton y hable con su madre. Ella le dirá si tienen o no motivos de respetar y querer al hombre que injurian.

Los tres hermanos se miraron, asombrados de lo que escuchaban. Eric ordenó a la muchacha:

—Hazlo. Hablaremos con mamá. Vamos al vestíbulo.

Los Willanson abandonaron la estancia. Douglas dijo a Alfred:

—Fue oportuna su intervención. Comenzaba a perder la paciencia.

—Quizá les trató con demasiada dureza.

—Era la única manera. De niño, cuando sabía que era merecedor de un castigo, no me limitaba a defenderme, sino que acusaba. De mozalbete, mi padre era muy exigente, obligándonos a todos a que comiéramos juntos. Los retrasos los castigaba con severidad. Si me entretenía con un amigo, entraba en el comedor sin saludar, farfullando amenazas contra tal o cual profesor que me entretuvo o me obligó a repetir un ejercicio. Hoy he adoptado la misma táctica. Fue buena su idea de que telefoneasen. Así me evita repetir la historia.

—¿Sabrán ellos lo del asesinato cometido por Hendry, en presencia de su madre?

—Supongo que sí. Parece que hablan.

—Sí.

Los dos hombres callaron, en espera de acontecimientos que no iban a tardar en producirse. Eric fue el primero en entrar. Tendió su diestra a Douglas:

—Le ruego acepte mis disculpas. ¿Por qué no habló claro desde el primer momento?

—Lo hice, previniéndoles del peligro, pero no me obedecieron. Por eso tuve que inventar la farsa de la falsificación para que les detuvieran. Su madre está segura. Ustedes corren peligro. Prevénganse.

—Lo haremos, se lo aseguro. Al finalizar el trabajo nos encerraremos en casa. ¿Qué es lo que me da?

—Una pistola, Eric. No vacile en usarla. Esta noche vendré a visitarles. Voy a ver a Hendry. Les tendré al corriente de mis progresos.

¡Ah! Supongo que retirará la querella contra el comisario.

—Desde luego. ¿Se marchan ya?

—Sí. He de entrevistarme con Adam Larkey para tranquilizarle. No es preciso que me acompañe, Alfred. Puede ir con Marjorie, si a ella no le importa.

—Al contrario. El señor Carra es muy agradable. Le esperamos a cenar, inspector. No; no se disculpe. Hemos de reparar nuestro mal comportamiento.

—Acepto. ¿Me deja su automóvil, Alfred?

—Sí. Aquí tiene las llaves. Nosotros daremos un paseo.

—Gracias. Hasta la noche.

—Adiós.

El semblante del inspector reflejaba satisfacción al descender las escaleras.

Trasladóse en el «Ford» al distrito de la Metropolitana, penetrando sin pedir permiso en el despacho del comisario, que le recibió con no mucha amabilidad.

—Celebro que vengas. Te corresponde convencer al testarudo de Eric Willanson para que no me meta en un lío.

—Ya está hecho. Acabo de dejar a los tres hermanos en compañía de Carra.

—Respiro. La intervención del senador Elkin me preocupaba. Es un hombre capaz de dar un disgusto al propio presidente. ¿Muchas novedades?

—Sí.

Refirió de nuevo su historia. El policía dijo, por todo comentario:

—Ahora comprendo por qué no has fracasado nunca. Es admirable tu tenacidad. ¿Te vas?

—La visita al viejo Willanson no será agradable. Tendrá que aclararme la presencia de su criado en... —sonó el timbre del teléfono, interrumpiéndoles. Douglas calló. Larkey escuchaba, asintiendo con monosílabos. Al colgar el comisario el auricular, Wood quiso despedirse—. Volveré cuando sepa algo.

—Espera. Era Chicago. Han asesinado a...

Un sudor frío empapó las sienes del inspector, mientras esperaba a que Adam Larkey pronunciase el nombre. Respiró, al oír:

—Aloysius Webb, el hombre con quien te entrevistaste y que nada tiene que ver con el misterioso hijo de Purcella. ¿No temes por la vida de Jessica Gimbau?

—Sin que ella lo sepa, la custodian. Previne, además, al matrimonio con el que reside. Se está vertiendo mucha sangre. Adiós.

—Suerte.

El débil rayo de luz que iluminaba las tinieblas mentales de Douglas se tornó más intenso. Comenzaba a tener fe en el porvenir.

Antes de entrar en el hotel de Hendry Willanson, sin aparecerse del automóvil, conversó con los agentes encargados de proteger al millonario.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. No ha salido de sus habitaciones. Parte de la noche la pasa en la biblioteca.

—Bien. No se descuiden.

Dejó el coche aparcado junto a la verja, que traspuso utilizando el llavín. Los dos enormes perrazos, Doc y Buck, le ladraron desde las casetas en que estaban atados. Wood abrió la puerta que comunicaba con el vestíbulo, cerrando a sus espaldas. Oyó una gozosa exclamación:

—¡Gracias a Dios que vuelve! Me disponía a llamar a la Metropolitana.

El anciano, vestido en traje de calle, llevaba el brazo izquierdo colgado de un pañuelo sobre el pecho. Douglas vio un blanco vendaje. Inquirió con frialdad:

—¿Para qué?

—Sorprendí a James Miller abriendo la caja de caudales. Se abalanzó sobre mí y me golpeó en el brazo, sin permitirme empuñar la pistola. El dolor fue grande, y huyó antes de que le detuviera.

—¿Por dónde?

—Por la puerta de servicio. Llamé a un médico amigo para que me curase. No quería que trascendiese el hecho hasta no recibir su consejo. Temí que hubiese vuelto a Londres, e iba a telefonar a Jefatura, a fin de que detuviesen a mí criado. ¡Cómo iba a sospechar de él! Decididamente, nunca se acaba de conocer a los hombres.

—Opino lo mismo que usted. ¿Es grave la lesión?

—Por fortuna, no llegó a partirme el hueso. ¿Me aconseja que le denuncie?

—No merece la pena. A un cadáver no se le pueden exigir responsabilidades.

—¿A un cadáver? No le entiendo.

El diálogo, en pie del vestíbulo, se interrumpió porque Douglas, sin responder al interrogante formulado por el millonario, se dirigió al despacho y, asomándose a la ventana, se abstraía en la contemplación del jardín. Sintió a su espalda a Hendry y giró, encarándose con el dueño de la casa.

—Debió decirme lo de la salida de servicio. ¿Da a otra calle?

—Sí. ¿Qué le ha ocurrido a James Miller?

—Ha muerto, al intentar asesinar a su esposa. Ella le mató, en

propia defensa.

En el rostro de Hendry se pintó la más viva consternación. Wood le observaba atentamente.

—¿Por qué tal disparate? Él no conocía a Jessica.

—Quizá por odio a usted.

—Ignoraba sus señas.

—No es difícil encontrarlas en la guía telefónica.

Abrumado, Willanson se desplomó en una butaca. Temblaba de pies a cabeza. El inspector le preparó un *whisky* sin soda para que se reanimara, a fin de hacerle la pregunta que pugnaba por salir de sus labios.

—¿Aún quiere que abandone San Francisco y renuncie a capturar al criminal?

—¡No!... ¡Le suplico que se quede y me perdone! ¡Capture a Aloysius! Es un monstruo.

—¡El hijo de Purcella Webb no existe!

—Tengo yo la culpa. Por eso no quise que le buscara. Me negué a reconocerle, y su madre tampoco lo hizo, confiando en que yo cambiaría de criterio. ¿Cómo lo averiguó?

—En la oficina de estadística de Chicago. Su pasado no es envidiable, Hendry. Sembró dolor y odio. Ahora recoge la cosecha.

El millonario no contestó al justo reproche...

CAPÍTULO VII

La muchacha dudó si aceptar o no la proposición de Alfred Carra, en el sentido de pasar la tarde en un restaurante próximo a la bahía, con música y champaña. El insistió tanto, que Marjorie le miró con afecto:

—Olvidaremos el trágico problema que nos obsesiona. Desde que comenzó este maldito asunto, he visto trascurrir los días y parte de las noches entre interrogatorios, reconocimiento de cadáveres y malas caras de mis superiores. Usted ha sido para mí el resplandor de la aurora, el paso de la belleza...

Marjorie Willanson lanzó una carcajada.

—Muy galante. Creo que ha equivocado su profesión. En el «Chronicle» los hay que no son capaces de redactar como usted habla. Sería cruel negándome. ¿Dónde vamos?

—Teniéndola a mí lado, a cualquier sitio, rumbo a cualquier parte. ¿Le parece?

Con un delicioso mohín, irónico y picaresco, Marjorie repuso:

—Un poco lejos es, pero me sacrificaré.

Se hallaban conversando a la puerta del edificio del principal diario de San Francisco. La muchacha se había visto sorprendida por la presencia del agente de la Metropolitana, al que suponía investigando, en unión de Douglas Wood.

La muchedumbre que, por salir de oficinas, fábricas y talleres, llenaba todas las aceras de la ciudad en busca de sus domicilios o de los bares automáticos, arrolló a los jóvenes, separándoles ligeramente. Carra dijo:

—Será mejor que nos marchemos. El inspector tiene mi coche. ¡Taxi!

Un vehículo de alquiler que pasaba despacio junto a ellos, se detuvo. Alfred ayudó a subir a Marjorie, ordenando al chofer:

—A la bahía, a la altura de la Dársena Central. Yo le avisaré.

Arrancó el automóvil en la dirección indicada. En un brusco viraje, Carra sintió muy cerca del suyo el cuerpo de la mujer. Por un momento, le asaltó la idea de apresarla en sus brazos diciéndole lo que pugnaba por brotar de su pecho. Se contuvo.

—¿Le gustaría ir en motora hasta la bahía de Monterrey? Es un paseo delicioso. El estado del mar no puede ser más favorable.

—¡Encantada! Telefonaré a Eric para que no se inquiete por mí tardanza. Acabé por hoy mi trabajo en el periódico.

—Lo haremos desde el embarcadero.

Mientras Marjorie llamaba a sus hermanos, Alfred se dirigió a un hombre ataviado de marinero y, mostrándole su carnet oficial, le dijo:

—Quisiéramos ir a Monterrey.

—¿Solos?

—Sí. Conozco el manejo de las motoras y, en caso de avería, sé repararlas en alta mar.

—No hay inconveniente. Cien dólares de fianza.

El funcionario tomó su nombre, y después le mostró varias gasolineras.

—Escoja la que prefiera. Todas llevan combustible suficiente para ir y volver al sitio elegido por usted. No se interne demasiado en el mar. El Pacífico es peligroso. Vaya costearlo, y a la menor señal de peligro acérquese a tierra.

—Así lo haré.

Le entregó la cantidad pedida, al tiempo que llegaba Marjorie.

—Cuando quiera, Alfred. A Robert y a Eric no les han entusiasmado nuestros proyectos. Son celosos de mi cariño. ¿Qué embarcación es la nuestra?

—Aquella, la pintada de azul. Es mi color favorito.

Montaron y, con pericia, Carra puso en marcha el motor. Cinco minutos más tarde, pasaban frente a los grandes jardines que rodean el presidio.

La temperatura era deliciosa. El sol iluminaba el Océano, imprimiendo a las aguas diversas tonalidades.

Alfred, recostado en la palanca del timón, miró con insistencia a Marjorie que, ruborizada sin saber por qué, tímida por vez primera, desvió sus ojos, iniciando un diálogo trivial:

—Me recuerda mis viajes por el lago Michigan. Me entusiasma el deporte marítimo.

—¿La acompañaba su... novio?

Le costó a Carra trabajo preguntarlo. Aguardaba con ansiedad la respuesta.

—No. Mis hermanos. Se dedicaban a hacer la vida imposible a mis pretendientes. Lo cierto es que iba mejor con ellos que con otros chicos.

—¿Y ahora le sucede igual?

Marjorie tardó unos minutos en contestar:

—Me está sometiendo a un auténtico interrogatorio. No debo decirle que sí. Hablemos de usted. De sus ambiciones, por ejemplo.

Carra hizo una estudiada pausa.

—Hace un mes deseaba grandes éxitos en el departamento,

oportunidades de demostrar mis dotes de investigador. Hoy eso ha pasado a segundo término. Mis padres me dejaron heredero de una fortuna que he invertido en acciones. Antes de ingresar, por vocación, en la Metropolitana, estudié y viajé. Cuando entraba en mi piso de soltero, iba tan cansado que no me daba tiempo a pensar. Ahora, por el contrario el silencio de las habitaciones tiene un lenguaje de abandono, de tristeza. Me doy cuenta de que ni el hombre ni la mujer han nacido para vivir solos, porque unidos forman «un todo», razón de la existencia.

Marjorie escuchaba, sin atreverse a interrumpir a Alfred, que continuó hablando en voz alta, cual si diera sus penas al viento. El mosconeo del motor servía de contrapunto a sus palabras.

—Hace tiempo leí una frase que me produjo risa: «El que no ha amado apasionadamente, ignora la mitad más hermosa de la vida». Entonces no la comprendí. Hoy creo que me he comportado como un estúpido.

El hombre, dándose cuenta, quizá, de que su monólogo podía ser inoportuno, calló.

—¿Un cigarrillo, Marjorie?

—Si. Me ha sorprendido su confesión, Alfred. Le imaginaba feliz.

—Lo soy, teniéndola cerca.

Ella no se atrevió a agradecer la galantería. Con pulso poco firme, puso el cigarro a la llama del fósforo, que Carra encendió. Fumaron en silencio. La costa era, a lo lejos, una línea oscura. El mar, por su placidez, semejava un gran lago. En el horizonte, el cielo y las aguas parecían unirse.

—¿No pasaremos la bahía, Alfred?

—No. Dentro de media hora, nos acercaremos a tierra. Discúlpeme. Me he comportado como un sentimental. Llevo en mis venas sangre francesa, por mis abuelos paternos.

—No tiene por qué lamentarlo. Celebro haberle conocido mejor. A mí también me angustia, en ocasiones, algo que no sé definir. Me hastía el trabajo.

Sin responder, Alfred varió el rumbo para aproximarse a la costa. Marjorie, de espaldas a él, al viento sus cabellos, miraba mar adentro. Los dos jóvenes ignoraban que sus pensamientos uníanse en el infinito. El tiempo detuvo su marcha...

—Ya llegamos. Empiezo a sentir apetito. Son las tres y media de la tarde.

A las cuatro, sentados en torno a una mesa que daba al mar, protegidos del sol por un toldo, y escuchando a lo lejos los acordes de una orquesta de *jazz*, Alfred y Marjorie se dispusieron a saborear los

manjares por ellos pedidos.

Él, llenando las copas de vino, alzó la suya a la altura de los ojos.

—Por que encontremos la felicidad.

Bebieron. La muchacha, al dejarla en el mantel, lo hizo sobre la cuchara, y el vaso cayó al suelo, rompiéndose...

★ ★ ★

Douglas Wood, que en sus paseos se había aproximado a la cortina azul, sintió un leve crujido debajo de la alfombra que acababa de pisar. Algo le avisó del peligro. Miró en torno suyo. La puerta del despacho se hallaba cerrada y los cristales de la ventana también. Minutos antes, Hendry Willanson había salido de la estancia para traer *whisky* del mueble-bar del comedor.

Rápido como el pensamiento, cruzó la estancia, y de un puñetazo destrozó un cristal, asomando la cara por la abertura, mientras sus dedos buscaban la falleba, haciéndola girar. No contento con esto, saltó al jardín y, con extraordinaria rapidez, rodeó el hotel hasta llegar a la puerta de entrada, que abrió en el momento en que Hendry atravesaba el vestíbulo, camino de la biblioteca.

—No siga, Willanson. En el despacho está la muerte.

El aludido se detuvo, y la botella que llevaba en su mano derecha resbaló entre sus dedos, cayendo sobre la alfombra, que amortiguó el golpe, impidiendo que se rompiera.

—¿Qué dice? ¿Ha entrado alguien?

—Si y no.

Abrió la puerta del despacho para establecer corriente de aire con la ventana, y consultó su reloj de pulsera. Un olor extraño llegó hasta ellos.

—No estamos seguros, Hendry. Salgamos fuera un rato.

—Pero... ¿Quiere decirme?...

El inspector no repuso. En el parque, acarició la cabezota de «Doc», que demostraba su contento moviendo el rabo.

—Creo que han colocado una ampolla de gas venenoso debajo de la alfombra.

—¿Está seguro de lo que afirma, inspector? ¿No puede ser exceso de nervios por su parte?

—Es fácil comprobarlo. ¿Ha recibido alguna visita?

—Presumo que debe ser obra de James Miller. El mayordomo debía estar de acuerdo con Aloysius Quizá le ofreciera parte de la herencia a cambio de la muerte de Eric, Robert y Marjorie. ¿Qué es de los muchachos?

—Siguen trabajando y se mantienen alerta. No será fácil sorprenderles. Vamos dentro.

Penetraron en la habitación favorita del millonario. Wood le pidió dos cuartillas y, procurando contener el aliento, bajo la mirada curiosa de Willanson, alzó el pico de la alfombra.

—Vea —dijo—. Pequeños trozos de cristal.

Hendry se cubrió el rostro con las manos, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Acabarán matándome!

—Yo lo impediré.

Ayudándose con las cuartillas, recogió los fragmentos de vidrio.

—Un análisis nos dirá qué contuvieron.

Vació su petaca, introduciendo en ella el pequeño envoltorio.

—¿Va a marcharse, señor Wood? Espere a que me serene.

—Nada le amenaza. Fallado este intento, su enemigo ideará otro, y para ello necesitará unos días. Me urge saber la sustancia que encerró la ampolla. Me lo dirán en una hora, y volveré a comunicárselo. Ordene que pongan otro cristal. Hasta luego.

—No tarde, inspector...

★ ★ ★

De nuevo en la motora, rumbo a San Francisco, absortos en la contemplación del crepúsculo. Marjorie y Alfred sintieron sus almas dominadas por la melancolía.

La embarcación surcaba gallardamente el agua, dejando una ancha estela de espuma. Se miraron. Él se decidió y, parando el motor, dejó que la lancha se deslizara suavemente hasta detenerse, mecida por el leve vaivén de la marea. Se le acercó a la muchacha.

—Siempre he oído decir que la felicidad no pasa a nuestro lado, igual que la fortuna, más que una vez en la vida, y es preciso saber apresarla. Llevamos horas tratándonos ceremoniosamente de usted y, por mí parte, al menos, estoy harto de fingimientos. Yo te quiero, Marjorie, con toda mi alma, de una manera tal, que no me importaría morir antes que perderte.

—¡Alfred!

—Déjame continuar. Te amo desde el primer instante en que te vi. Dime que me correspondes, que esa inquietud, ese desasosiego de que me hablabas, no es más que la voz de tu corazón que te inclina a mí.

En las pupilas de la muchacha brillaba una lágrima de felicidad. El gozo le impedía pronunciar palabra. Recostó su cabeza en el hombro de él, que se estremeció. Los cabellos de Marjorie le acariciaban las mejillas y un mundo de dicha se ofreció a sus ojos. ¡Era correspondido!

Enlazó con su brazo la femenina cintura, y susurró al oído de la mujer las eternas palabras, siempre iguales y siempre distintas, que forman la melodía del amor.

Segundos, minutos, horas... ¡Qué importan cuando dos corazones laten al unísono! Ella fue la primera en reaccionar:

—Sigamos, Alfred. Alguna corriente nos ha alejado de la costa. Los temporales del Pacífico son terribles.

—No temas.

El mar estaba más picado. El cielo, oscuro por la proximidad de la noche, intranquilizó al bravo agente de la Metropolitana, que a toda marcha enfiló en dirección a tierra.

Marjorie, junto a él, observaba con inquietud el horizonte. Muy lejos, centelleaban los relámpagos. Sintió algo de miedo.

—¿Llegaremos antes de que descargue la tormenta?

El interpelado, sin convicción, respondió:

—Si.

El oleaje era cada vez más fuerte.

Fue una hora de angustia, que cesó al enfilarse la bahía de San Francisco. Cuando atracaban en el muelle, dieron un suspiro de alivio.

—Han tenido suerte —les dijo el empleado—. Dentro de poco, el Pacífico será intransitable para las embarcaciones de poco tonelaje. Hubieran naufragado.

—Por fortuna, no ha sido así.

Abandonaron la motora, y Alfred recogió los cien dólares de señal, abonando el importe del alquiler. Dirigiéronse a la próxima parada de taxis.

—Siento curiosidad por saber qué nos dice Wood.

Entraron en la casa, con el tiempo justo para la cena. Robert, medio en serio y medio en broma, reprochó a su hermana:

—Creí que tendría que preparar yo las viandas. Te he abierto los botes de conservas. Que Eric te ayude a cortar el embutido. Pondré la mesa.

—¿Y el inspector? —inquirió Carra.

—Debe ser el que llama. Salga a abrir, si no le importa.

Alfred franqueó el paso a Douglas, quien le saludó cordialmente, entrando en el comedor.

—Hola, Robert. ¿Y sus hermanos?

—Preparan la comida. ¿Qué novedades hay?

—Luego se las diré para no verme obligado a repetir la historia. El que debe tener grandes noticias que comunicarme es Alfred, a juzgar por su rostro satisfecho.

—Ninguna que se relacione con el asesino de Purcella Webb —

repuso el aludido—. Hoy dediqué el día al descanso. Hice una excursión.

—¿Solo? —inquirió Douglas, con intención.

—No. Con Marjorie. Estuvimos en la bahía de Monterrey.

La sonrisa de Wood irritó a Robert Willanson, quien, bruscamente, abandonó la estancia. El inspector, dando a Alfred una cariñosa palmada en la espalda, con gesto paternal, le previno:

—Todo aquel que intente casarse con Marjorie habrá de luchar con sus hermanos. No quieren que nadie se lleve a la muchacha.

—Tendrán que resignarse. ¿Cómo lo adivinó?

—El amor es aventura y, por consiguiente, la aventura, el marco ideal para el amor. Un filósofo dijo: «ES un potro la juventud que con un cabezón duro se precipita y fácilmente se deja gobernar de un bocado blando». Nada hay más suave que una caricia. No frunza el ceño, Carra. Celebraré muy de veras que esa unión llegue a realizarse.

El diálogo fue interrumpido por Eric y Robert, que extendieron el mantel, colocando los platos y cubiertos. Poco después, durante la cena, a instancias del médico, Wood refirió el intento de asesinato de que había sido víctima, en el despacho de Hendry.

—Analizados los trozos de vidrio de la ampolla, se supo que contenían un gas que produce la muerte por asfixia, al paralizar los centros nerviosos. No me extrañaría que este plato de carne que tan bien sabe contuviese cualquier veneno.

Automáticamente, los tres hermanos dejaron de comer. Alfred, con ironía, exclamó:

—Usted pretende comerse también nuestras raciones. Sigue, Marjorie. El señor Wood es un bromista.

Continuó la cena, en la que no hubo demasiada cordialidad. Eric y Robert miraban disimuladamente a Alfred, el cual, reparando en ello, se dispuso a amargarles la digestión dirigiendo sonrisas y frases galantes a la que ya era su novia. Douglas, comprendiendo la maniobra de Carra, pronunció unas palabras que fueron una bomba para la egoísta mentalidad del médico y el abogado:

—Marjorie está hoy más bella que nunca.

—Muy amable, inspector —agradeció ella.

—Soy sincero. Haría usted una buena pareja con Alfred. Si se deciden, diré que son dos chicos con sentido común. ¿Qué le ocurre, Robert?

El interpelado, que se había puesto en pie, respondió:

—Nada. Creí oír ruido en el interior.

—Demasiados nervios —comentó, sarcástico, Carra...

CAPÍTULO VIII

La noche era oscura. En el parque público del hospital de la Marina, en las proximidades del lago Mountain, un hombre vestido de negro, con el cuello de la americana subido y el ala del sombrero sobre el rostro, caminaba con paso rápido. De vez en cuando se detenía para mirar a su alrededor. La mano derecha, oculta en el bolsillo exterior de la americana, empuñaba una pistola.

El cielo, cubierto de nubes bajas, anunciaba temporal.

El desconocido se detuvo en un pequeño bosquecillo y, apoyando su espalda en el tronco de un árbol, aguardó. El rumor de las hojas, batidas por el viento, semejaba el bisbiseo de fantasmas.

Oyéronse pasos cercanos, dominando la canción de la noche y el aire. Los nervios del hombre, en tensión, le hicieron erguirse y mirar ante él. Un individuo, oculto el rostro por un pañuelo, se paró a unos cinco metros.

—¿Intelligence Service?

—Si. ¿Oficina Central de Información?

—Exacto. Veo que tomó precauciones. Ha sido puntual.

—Usted tampoco se retrasó.

Hubo un leve silencio.

—Temí que no acudiera. No era oportuno que me identificasen en el Consulado británico. Presto mis servicios en Inglaterra y, aunque nuestras naciones sean amigas, se actúa mejor en el anónimo. Supuse que el cónsul transmitiría mi ruego al «Intelligence Service». En ocasiones hemos trabajado unidos. Ahora voy a hacerles un favor. ¿Cuántos años lleva en San Francisco?

—Treinta. ¿De qué quiere que hablemos? El único que arriesga en la entrevista soy yo. Confío en que cumplirá la palabra que dio al representante diplomático inglés. ¿Vino solo?

—Si. Para esta conversación sobran los testigos. Saque la mano del bolsillo. Hablaremos dejando en paz las armas.

—A su gusto. ¿A qué va a referirse?

—A la muerte de un súbdito inglés que apareció en el lago Michigan, en Chicago, sin que se averiguase quién le mató. Hace, justamente, veintidós años. Le ruego sinceridad. ¿Era un miembro del «Intelligence Service»?

—Si. Le asesinaron. Buscaba una relación de agentes soviéticos.

—¿De quién sospechaba?

—Por desgracia, lo ignoramos. No le dieron tiempo a comunicarse con nosotros. Fracasamos en las investigaciones para vengarle. La Metropolitana tampoco descubrió al culpable.

—Comprendo.

La pausa fue larga. El viento tornábase huracanado. El miembro del servicio secreto inglés, calándose aún más el sombrero, inquirió:

—¿Por qué se interesa por un agente británico?

—Él es una pista de algo no muy claro. Le prometo informarle más adelante. ¿Le aviso por el mismo conducto?

—Si. No olvide que el cónsul no sabe nada. Alguien oirá lo que hablen, y me lo comunicará...

—Una medida diplomática. Tengo la certeza de que está sonriendo, lo mismo que yo. Es un veterano del espionaje y, por consiguiente, con recursos para todo. Nuestra conversación no se ha celebrado nunca. ¿De acuerdo?

—Por completo. ¿Se irá usted primero? Así tendré la certeza de que no me sigue. ¿La mano?

—Y mi amistad.

Los dos se despidieron afectuosamente. El miembro del servicio secreto de los Estados Unidos se perdió en las sombras de la noche.

CAPÍTULO IX

Faltaban quince minutos para que entrase en máquinas el periódico, y los redactores del «Chronicle» iban de un lado para otro o tecleaban, nerviosos, terminando las informaciones de última hora. El redactor jefe, desde un punto estratégico, daba órdenes y enviaba originales a la imprenta para su rápida confección en las linotipias. La batahola era imponente.

Marjorie Willanson, terminado su trabajo, fue a pedir instrucciones al secretario de redacción, un individuo grueso, de pésimo carácter.

—¿Hay algo para mañana, jefe?

—El estreno de la noche. Necesito las caricaturas de los autores de la revista y de las primeras figuras. Se han gastado miles de dólares en publicidad, y es justo conceder importancia a la crítica. La *vedette* es amiga mía. Procure mejorarle la nariz.

—Lo intentaré. Adiós.

—Espere. Se me olvidaba. Antes la llamaron por teléfono. Quise avisarla, pero no pude. ¡Ese maldito redactor de «Sucesos» estaba a punto de hablarme desde Los Ángeles, donde han descuartizado a una millonaria! Anoté el recado. Tenga.

Entregó a la muchacha una hoja de cuaderno, con caligrafía punto menos que ininteligible.

«La esperan a las nueve y media en el gran bar automático de la avenida Jefferson».

Juzgó inútil preguntar a su jefe inmediato el nombre del que la citaba. El secretario vociferaba, con unas galeradas en la mano. Pensó que tal vez se trataría de Alfred Carra o de Douglas Wood. El lugar indicado era uno de los más concurridos, y, por tanto, no iba a correr ningún peligro.

Ya en la calle, miró su reloj de pulsera. Las nueve y cinco. Le daba tiempo a hacer el recorrido a pie. Así despejaría su mente del agotador trabajo del diario.

Mientras caminaba, se dijo que debió haber esperado a que llegase cualquiera de sus hermanos y no aventurarse sola por las calles de la ciudad. ¡Eah! ¿Quién iba a atentar contra una mujer, entre el enorme gentío de las principales avenidas de San Francisco? Nada la amenazaría, mientras no se alejase del centro de la población.

Con dos minutos de retraso, penetró en el lugar indicado por su

anónimo comunicante. El zumbido de las batidoras y los diálogos de los numerosos clientes, recordaban una colmena en plena agitación.

Marjorie miró, sin descubrir ningún rostro conocido. Repentinamente inquieta, se acomodó en una silla giratoria del mostrador, pidiendo un «Martini». A su izquierda había un sitio vacío, y un hombre joven se sentó, rogando:

—Por favor, no se sobresalte. Si la policía me descubre, me capturará y pagaré unos crímenes que no he cometido.

La muchacha se volvió a su interlocutor, de unos veinticinco años y rostro inteligente.

—¿Quién es usted?

—Aquí no puedo decírselo. No soy su enemigo ni pretendo tenderle una trampa. Hablaremos en la calle.

Marjorie miró de nuevo al joven y, dejándose llevar por el impulso, dijo:

—Sea.

Depositó el importe del «Martini», no consumido, sobre el mostrador, alcanzando Jefferson Avenue con su compañero. Durante unos minutos, caminaron en silencio. Ella, intrigada, le apremió:

—¡Dígame su nombre!

—Aloysius Webb.

Marjorie contuvo un grito de espanto y de sorpresa. Se detuvo.

—¡Usted!... —exclamó.

—Veo, con dolor, que participa del mismo criterio que la policía. No he matado a mi madre.

Rehaciéndose con un formidable esfuerzo, la muchacha le preguntó:

—Si es inocente, ¿por qué no se presentó a las autoridades?

Él, parado en la acera, inclinó la cabeza.

—No lo sé. Me dio miedo. De pequeño, leí un libro sobre errores judiciales, y desde entonces creo que la Ley no es instrumento de justicia. Me escondí en «Chinatown». Ahora, pasado el tiempo, es más peligroso entregarse.

Generosa, convencida de la inocencia de Aloysius, la muchacha se ofreció:

—Le ayudaré. Mi novio es agente de la Metropolitana. Mis hermanos colaborarán con nosotros. ¡Es tan extraordinaria su presencia! ¿No le importa que les telefonee?

—No. ¡Si viera el bien que me hacen sus palabras!

Entraron en la «cabin» telefónica de un *drug*. Marjorie pidió comunicación con el hospital San Jorge, al que Robert pensaba dirigirse a la salida de la Facultad. Instantes después, oyó al otro lado

del hilo una voz conocida.

—¿Quién llama?

—Soy yo. Voy a darte una gran noticia.

—Te escucho, Marjorie.

La aludida hizo una pausa para que su revelación fuese de mayor efecto:

—¿Sabes quién está conmigo?

—¿Cómo voy a adivinarlo? ¡Rompe de una vez! ¿Mamá?

—No... Aloysius Webb.

Robert Willanson dejó adivinar su emoción con frases entrecortadas.

—Pero... Te burlas... No es posible... ¡Avisa a la policía!

—No es necesario. No es culpable. Me acompañará a casa. Aguárdame allí. Procura localizar a Eric. Adiós.

Colgó, volviéndose a Aloysius. Palideció. El joven, contraído el rostro por una sonrisa demoníaca, la encañonaba con un revólver.

—No me importará matarla, si da el menor grito. Tiene poca experiencia. Es fácil enternecer el corazón de las mujeres.

—¡Aloysius!

—Calle. Ahora saldrá de mi brazo para montar en un coche que nos ha seguido a distancia. ¡Vamos!

Abrió la puerta de la «cabin», y, antes de que la muchacha se repusiera de su sorpresa, se hallaba en el interior de un automóvil, entre su raptor y otro hombre.

Aterrorizada, Marjorie no era capaz de articular palabra. Al fin, pudo serenarse.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Ya lo sabrá. Se la tratará bien, si es razonable.

—¿Dónde me llevan? —No le respondieron. Más tranquila, dispuesta a averiguar en lo posible las intenciones de aquellos hombres, pidió—: ¿Me da un cigarrillo?

—Luego No pensamos vendarle los ojos. Eso lo hacen en las novelas policíacas. ¡Usted nunca podrá denunciarnos!

La afirmación encerraba una amenaza tan evidente, que la joven se estremeció. Miró a Aloysius, extrañándose de que bajo unas facciones nobles pudiera ocultarse un corazón perverso. Se había dejado engañar de manera estúpida. El tono apasionado y sincero del hijo de Purcella, su conformidad a que se pusiera en comunicación con Robert, contribuyeron a que no sospechara. Además, su audacia al obligarla a subir al vehículo en pleno San Francisco la asombró tanto que no tuvo fuerzas para oponerse. En los ojos de Aloysius brillaba una decisión inquebrantable.

El coche, apartándose del centro de la ciudad, comenzó a internarse por estrechas y mal alumbradas callejas. A través de las ventanillas laterales, Marjorie veía seres de un mundo imposible de concebir por una mente normal. Mujeres con batas brillantes y ceñidas, que destacaban las formas del cuerpo; otras, con las faldas por encima de las rodillas y blusas abiertas, recostadas en las puertas de las tabernas, chistando a los transeúntes...; hombres embriagados, de rostros patibularios, con el estigma del vicio y del delito...

—¡Qué asco! —exclamó la joven, sin poderse contener—. ¿A dónde vamos?

—Es la segunda vez que lo pregunta —repuso Aloysius—. Estamos, como habrá adivinado, en el barrio chino. Es un lugar propicio a la delincuencia. Aquí nadie la buscará. Si lo hicieran, fracasarían. Observe a los vendedores ambulantes. Junto al tabaco, va el opio y la «coca». Los de la Oficina Federal de Investigación, adscritos al llamado «ejército de las drogas», prefieren no investigar en «Chinatown», la mayor concentración oriental del mundo, si exceptuamos los países asiáticos. ¿Ve esos farolillos multicolores? Pertenecen a un teatro y, posiblemente, a un fumadero clandestino. Aquí todo es clandestino, menos el amor... Bueno, de alguna manera hay que designarlo. ¿En qué piensa?

—En usted, Aloysius. ¿Cómo pudo caer tan bajo? Me engañó. Le compadezco.

El segundo individuo, que se limitaba a vigilar a la joven, lanzó una grosera carcajada.

—No haría un clérigo mejor discurso.

Aloysius contrajo la boca en un gesto de fiera. Marjorie vio que se esforzaba en contenerse.

El coche continuó avanzando por los sucios callejones. La menor de los Willanson había oído hablar de la perversidad del «Chinatown», pero lo atribuyó siempre a excesos imaginativos. ¿Cómo era posible que en el país más moderno, más rico del mundo, existiese tal abandono por parte de las autoridades?

Al fin, el vehículo se detuvo ante un solar rodeado por una valla. Aloysius se apeó para llamar con los nudillos, de forma convenida. Desde el interior, abrieron un portón de madera por el que penetró el automóvil.

—Salga, Marjorie, y no haga disparates.

La aludida obedeció. Al fondo había una casa semejante a las que construyen los guardas de las obras. Quedó sorprendida al entrar en una confortable habitación. Sobre una repisa, un teléfono. Al fondo, una puerta comunicaba, sin duda, con los dormitorios.

—Siéntese y escúcheme sin dejarse arrebatar por la ira ni por el heroísmo. Va a traer aquí a sus hermanos, encargándoles que no se comuniquen con Douglas Wood ni Alfred Carra.

—¿Les conoce?

—No importa. Dígales que Aloysius está con usted, y que antes de entregarse a las autoridades quiere que sepan ellos la verdad. Procure que su voz refleje alegría, confianza en el porvenir. ¿Lo hará?

—No.

—Le concedo cinco minutos para decidirse. Si se niega, pasado ese plazo, aunque su madre no nos interesa, me veré en la obligación de comunicar con mis amigos de Chicago para pronunciar una frase convenida. Por muy custodiada que esté, la matarán.

Marjorie palideció.

—¡Monstruo!... ¡Canalla!

Centellearon los ojos de Aloysius.

—Si me olvido de que es una mujer, mandaré que la apaleen. No es una amenaza vana. Jessica Gimbau será asesinada, y usted, indirectamente, culpable. Cuatro minutos... —larga pausa—. Tres... —nuevo silencio—. Dos... uno...

Con ademanes estudiados, Aloysius Webb se dirigió al teléfono, descolgándolo. Horrorizada, la muchacha chilló:

—¡No!... ¡Espere!... ¡Haré lo que me mande...!

Con desconcertante frialdad, Aloysius se volvió al que hizo de chófer y al otro hombre:

—Atended. Usted, Marjorie, citará a Eric y Robert en la esquina formada por las calles Lisbón y Japón. Se les acercará un individuo al que deben seguir. Dígales que Aloysius vigila desde un sitio próximo, y, si vienen acompañados, desaparecerá, no entregándose a la policía. Tú —señaló al chófer— irás por la acera opuesta contra ellos, por la espalda. Al oír las detonaciones, yo me encargaré de la muchacha. ¿Comprendido?

—Sí, jefe.

—Id al sitio indicado. No se arrepentirá. Si lo hiciera, peor para ella y para su madre.

El cerebro de la prisionera trabajaba con vertiginosa velocidad. ¿Cómo prevenir a Eric y Robert? Era forzoso hacerlo. ¿De qué forma?

Aloysius Webb tomó el auricular y, ante el estupor de Marjorie, marcó el número del teléfono de su domicilio, mientras los forajidos abandonaban la estancia.

—Tome. Usted es inteligente, y no hay que repetirle las cosas. Calles Lisbón y Japón. No olvide que la escucho, y la golpearé en la nuca a la menor frase inconveniente. No se extrañarán de su deseo,

después de haberles asegurado mi inocencia.

La muchacha asintió en silencio. El timbre sonó por tres veces. Eric, en el domicilio de Fourt Street, preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy yo por segunda vez —repuso Marjorie—. Si queréis que nos riamos de las dotes investigadoras de Wood y Carra, venid a reuniros con Aloysius. Su historia es apasionante. ¿Estáis solos?

—Sí. Esperando a Douglas y a Alfred. Les hemos llamado.

—El hijo de Purcella me dice que no hablará en presencia de ninguna autoridad. Él tiene la clave del misterio —Marjorie incurrió, deliberadamente, en la contradicción. Si Aloysius podía demostrar su inocencia, ¿por qué temer a la Ley?—. Un amigo suyo os aguardará en la confluencia de las calles Lisbón y Japón, en pleno «Chinatown», para conducirnos a mí lado. Si no venís solos, él, que os estará viendo, escapará.

Eric Willanson, atónito, exigió a su hermana una explicación en tono conminatorio:

—¿Por qué has ido a semejante lugar? ¿Qué es lo que sucede? ¡Te ordeno que contestes!

La muchacha sintió que su corazón latía de gozo. ¡Su hermano sospechaba! Su respuesta iba a confirmar tales recelos:

—Celebro que no te obstines en absurdos legalismos. Es terrible la historia de Aloysius. Con nuestra ayuda, se verá libre de complicaciones judiciales. ¡No digáis nada a Wood o perderemos el tiempo! Adiós.

Eric, tras una leve vacilación, dijo:

—Hasta luego.

Ni una frase tranquilizadora, ni pedirle que aclarase su conducta. El abogado había comprendido.

Marjorie se encaró con Aloysius Webb.

—¿Contento?

—Sí. Es usted razonable. Siéntese con comodidad. Tardarán más de una hora porque ningún taxista se atreverá a conducirles a través de «Chinatown», y tendrán que hacer a pie un largo recorrido. Es una buena hija. Se sacrifica por su madre.

—Todo lo contrario que usted.

—Más tarde hablaremos de eso. Todavía no es prudente. ¿Le apetece una copa?

—Deme *whisky* con soda. Las emociones me han secado la garganta.

Sin dar la espalda a la prisionera, Aloysius sacó de un mueble-bar una botella, un sifón y dos vasos.

—No estará fresco. En la casa no hay *frigidaire*.

—Gracias. Quien hace lo que puede, no está obligado a más. ¿Por qué tantos asesinatos? ¿Le guía la codicia?

La sonrisa del hombre se hizo más amplia.

—No hablemos de eso. Cinco minutos antes de...

—¿Matarme? ¡No soy de las que se acobardan!

—Ya lo veo. Después le diré lo que desee. Ahora hay que esperar la llegada de sus hermanos.

Marjorie no hizo ningún comentario. Por su inconsciencia, quizá triunfasen los malvados proyectos de Aloysius.

El hijo de Purcella depositó sobre la mesa del comedor una pistola, sentándose de forma que su codo derecho descansase en el tablero. Por primera vez, la muchacha adivinó los rasgos asiáticos en la fisonomía de su raptor. Fuera, sonó un estampido. Marjorie se puso en pie, con un trágico presentimiento.

—Es pronto. No sabe distinguir el tubo de escape de un camión, de un disparo de revólver.

La muchacha se acomodó de nuevo en su silla. ¡Si pudiera huir para avisarles!

—Corre más una bala que usted. Mi puntería es extraordinaria. Resígnese a perder. Estaban vencidos de antemano. Fume. El tabaco serenará sus nervios.

Marjorie, por orgullo, dominando el pánico, sonrió.

—Voy a tener que dar las gracias a mí asesino.

—Una cosa es el cumplimiento del deber, y otra la innecesaria crueldad, que me repugna.

Hubo un largo silencio. En el alma de Marjorie se agigantaba el dolor. Confiaba en que Douglas y Alfred hubiesen ideado un plan audaz para libertarla.

Arrojó un cigarrillo a medio consumir, incorporándose.

—¿No le importa que pasee?

—Hágalo, siempre que no se coloque a mí espalda o se acerque demasiado a la puerta.

Los nervios, en tensión, de la muchacha, no fueron capaces de mantenerla incorporada mucho tiempo. Se sentó de nuevo consultando su reloj de pulsera. Robert y Eric no tardarían. Cualquier ruido la sobresaltaba. Aloysius, ante tanta movilidad, dijo, imperioso y enojado:

—Si no permanece quieta, tendré que atarla.

La cabeza de Marjorie estaba a punto de estallar. Sin saber cómo, se encontró con la mirada fija en el reloj, cuyas agujas avanzaban inexorablemente, con un tic-tac que resonaba en su alma con lúgubre acento. No debió acceder a las pretensiones de Aloysius. Sí, había hecho bien. Su madre era lo primero.

Escucháronse pasos en el exterior...

CAPÍTULO X

Los Willanson se miraron en silencio. Marjorie, agotada por tan repetidas emociones, sintió que una nube oscurecía su vista y que el suelo parecía elevarse hasta ella. Al despertar, Robert le sonreía cariñosamente.

—Fue solo un mareo. ¿Y Eric?

—A tu derecha, convertido en un paquete.

El tono jovial del abogado y el brillo de júbilo que reflejaban los ojos del médico le devolvieron la fe. Aloysius, que, desde uno de los extremos les encañonaba con su automática, ordenó a sus cómplices:

—Atad también a esos dos. No podemos cometer imprudencias.

Fue obedecido. Robert y Marjorie, junto a Eric, sentados en el suelo y con la espalda recostada en la pared, incapaces de hacer el menor movimiento, callaron. Aunque confiaban en Wood y en Carra, en sus corazones anidaba el temor de que no llegasen a tiempo.

Aloysius, tras hacer una seña a sus hombres para que salieran, descolgó el auricular y, marcando un número, se puso en comunicación con alguien, al que trataba con el máximo respeto.

—Sí, jefe. Aguardaré su visita. No hay peligro. El grupo de acción número dos está emboscado en el solar. Quien viniese, caería en la trampa. Repetiré mi llamada dentro de una hora. De acuerdo. Vigilaré.

Se dispuso a abandonar la estancia, pero una pregunta de Marjorie le detuvo:

—Usted no es Aloysius. El obra impulsado por la venganza y la ambición. ¿Quién es ese jefe misterioso?

—Lo sabrá antes de que amanezca.

Quedaron solos los hermanos. Marjorie, en voz que era un susurro, inquirió:

—¿Qué dijo Alfred?

—Que merecías una azotaina. Wood, por el contrario, se alegró, confirmando que ya era hora de que se resolviese de una vez la situación. Nos siguieron a distancia. No fue fácil adivinar que te obligaban a comunicar con nosotros. Nuestros amigos nos salvarán.

—Dios te oiga, Robert. Continuemos hablando de cualquier cosa. El silencio me acobarda. Si os avisé fue porque me amenazaron con matar a mamá. Llegado el caso, los tres nos sacrificaremos gustosos por ella. ¿No es así?

—Desde luego, Marjorie. Serénate. Nada te reprochamos. La crisis

era necesaria, como en todas las enfermedades.

Eric Willanson, con el deseo de distraer a su hermana, interrogó:

—¿Qué tal la operación de hoy? Fue tu presentación en San Francisco.

Robert refirió los pormenores de su trabajo, en lo que invirtió más de un cuarto de hora. Marjorie no le escuchaba.

—¡No vienen! ¿Les habrán asesinado?

—No son hombres que se dejen sorprender. Prepararán una redada completa. ¿Dónde oí hablar por vez primer de «grupos de acción»? Me recuerda las organizaciones de espionaje.

—Y no te equivocas —corroboró Eric—. Comparto la opinión de Wood. ¡Ya es tiempo de que esto termine!

Por vez primera, Robert fue pesimista:

—Dios quiera que no sea trágicamente para nosotros.

Sus palabras flotaron en el aire.

Aloysius entró para examinar las ligaduras y, sin cruzar palabra, con semblante preocupado, llegó hasta el teléfono, descolgándolo para comprobar si funcionaba. Marjorie, sarcástica, dijo:

—Demasiado nervioso para que las cosas vayan bien. ¿Le irrita la espera?

—Si. Ya falta poco.

Salió de nuevo. El silencio se hizo angustioso. ¿Qué hacían Douglas y Alfred? Aunque los tres pensaban lo mismo, no se atrevieron a comunicarse sus ideas. Les sobresaltó el timbre del teléfono. Robert no supo contenerse:

—Quizá sea la orden de nuestra ejecución.

Aloysius penetró rápidamente.

—Yo soy. Pero... Si... ¿Cómo?... Se lo comunicaré —depositó el micro-teléfono en la horquilla, volviéndose a los prisioneros—: Me dicen que no confíen en Wood. No está en condiciones de auxiliar a nadie.

—¿Le han matado?

—Lo ignoro.

Salió, sin más palabras.

—Esto es el fin —susurró Marjorie.

Robert, aferrándose a una última esperanza, exclamó:

—Nada se sabe de Alfred Carra.

—Iban juntos. Si hay que morir, hagámoslo valientemente.

Eric intentaba infundir ánimos a sus hermanos, en especial a Marjorie. En su alma se agigantaba la desesperación.

Con pequeños intervalos, Aloysius entraba para examinar las ligaduras de los detenidos, con lo que imposibilitaba cualquier intento

de fuga.

—Deben haber pasado varias horas —dijo Marjorie.

—No —opuso Robert—. En la ansiedad, el tiempo se hace interminable. Posiblemente recibamos el castigo a nuestra falta de colaboración. Poco antes de salir, Wood nos preguntó si conocíamos la causa principal de la separación de mamá. Al contestarle afirmativamente, nos reprochó que le ocultáramos el pasado sangriento de nuestro padre. Por vez primera sentí vergüenza ante el hombre generoso que se sacrifica por nosotros.

—Nos limitábamos a proteger a mamá. Era encubridora de un asesinato... Otra vez el teléfono. Ahí entra Aloysius. Tal vez por lo que diga adivinemos nuestra suerte.

El que se hacía llamar como el hijo de Purcella —los Willanson ignoraban si lo era en realidad— escuchó durante unos segundos. Luego habló:

—Si. Le esperamos... De acuerdo. Adiós.

—¿Malas noticias? —inquirió Marjorie.

—Para ustedes, sí. El jefe no tardará en venir. Apenas llegue, se les ejecutará. ¿Qué les parece?

—Algo irremediable —terció Robert—. Usted es un caso patológico. Goza con el mal. No escapará a las autoridades.

La sonrisa de Aloysius se hizo más expresiva.

—¡Claro que sí! En la Bahía aguarda un mercante. Saldrá al amanecer. En aguas internacionales enarbolaremos bandera rusa.

—¿Qué tiene que ver la U.R.S.S. con nosotros? —preguntó Eric.

—Dentro de poco se lo dirán. ¿Quieren un cigarrillo?

Robert, que ante la inminencia del fin, había recobrado su sangre fría, contestó con otra pregunta:

—¿Va a acceder a los deseos de sus condenados a muerte?

—Si. ¿Tiene que pedirme algo extraordinario?

—Por lo pronto, el pitillo. Después, que satisfaga mi curiosidad.

El raptor de Marjorie encendió tres cigarrillos, poniéndolos en los labios de los Willanson. Después se adelantó a la pregunta:

—Sé que les intriga mi nombre. No soy Aloysius Webb. ¿Tanto les importa? Da igual que una mano u otra empuñe el cuchillo. Al ordenarme que adoptase esa personalidad, me informaron de imprescindibles antecedentes, tales como el asesinato de Purcella y la existencia de su misterioso hijo, al que nadie ha logrado localizar.

—¿Usted, sí?

—Tampoco. Del pleito que les obsesiona, no sé más que lo imprescindible.

Marjorie intervino:

—Antes aseguró que nos haría una revelación tan sensacional que justificaba la muerte. ¿Cuál es?

—La identidad del jefe supremo. No es necesario, porque él les visitará.

—¿Le conoce?

—Soy su hombre de confianza, desde hace un año. Permítame, Marjorie.

A la joven se le había caído el pitillo de los labios. Aloysius le encendió otro. Eric y Robert, a lo largo del diálogo, aspiraban el humo, sujetando el cigarro en uno de los extremos de la boca. El que se confesara miembro de una red de espionaje soviético consultó el reloj de pulsera. La muchacha, a la que todo era preferible al silencio, interrogó:

—¿Nos ejecutará usted mismo?

—No. Lo hará el que me acompañaba en el coche, un especialista en tales menesteres. Les dejo. Voy a recorrer los puestos de centinela para que todo esté en orden.

Salió de la estancia. Robert y Eric escupieron las puntas de los cigarrillos. Marjorie lo hizo poco después.

—¿Tendrás valor, hermana? Solo la Providencia puede salvarnos.

—Me esforzaré en...

El «claxon» de un automóvil les estremeció. Llegaba la muerte. Los prisioneros se miraron, intentando infundirse ánimos. Robert ensanchó el pecho, destrozándose las muñecas en un vano intento por romper las ligaduras.

—Si pudiera soltarme, demostraría a estos cobardes de lo que un hombre es capaz. ¿No oís pasos? Se han detenido. Quizá piensen cómo asesinarlos más rápida o más cruelmente. ¡Necios de nosotros, que fiamos en Wood y en Carra...!

CAPÍTULO XI

Alfred y Douglas, en el «Ford» del agente de la Metropolitana, se esforzaron en no perder de vista a Eric y a Robert Willanson, que se adentraban por las tortuosas callejas del barrio chino de San Francisco.

—Frene en esa esquina, Carra.

—Pero...

—Haga lo que le digo.

—¿No piensa protegerles?

Al tiempo de formular su pregunta, Alfred crispó sus manos en el volante.

—No, de la manera que usted desea. Indirectamente, seremos más eficaces. Regresemos al centro de la ciudad. ¡No es hora de vacilaciones!

—Eso mismo le digo, inspector. No estoy decidido a que, por una genialidad suya, maten a los tres muchachos.

Fue a poner en marcha el vehículo. Douglas se lo impidió.

—¡Quieto! Vamos a detener a Aloysius Webb.

—¿Se ha vuelto loco, Wood? El hijo de Purcella apresó a Marjorie.

Con una sonrisa de indulgencia, Douglas repuso:

—Le faltan años para ser un buen detective. Su novia está en manos de un individuo que se hace llamar Aloysius. Al verdadero, solo yo le conozco. Si hacemos lo que usted pretende, es posible que ninguno de los Willanson salga con vida. No se debe emplear la acción directa. Es mejor utilizar la astucia. Para tranquilizarle e impedir que cometa una tontería, le pondré en antecedentes de mi plan.

En cinco minutos, el inspector consiguió un extraordinario efecto.

—¡Es espantoso!

—Cierto. Me ha costado llegar a tal convicción. Voy a poner mi vida en sus manos, Alfred. Si falla, moriré. ¿De qué sonrío?

—Pensaba en el asombro de Adam Larkey.

Más sereno ya, puso en marcha el vehículo, dirigiéndose al otro extremo de la ciudad. Apeáronse en las proximidades de Punta Hunters.

—Suerte.

—Lo mismo digo, Wood.

Douglas se apartó del joven y, con increíble agilidad, saltó la verja de un chalet, callando con frases cariñosas, dichas en voz baja, los gruñidos de dos perros que, al reconocerle, se aproximaron en busca de

caricias.

Agazapado tras un árbol, esperó unos minutos. Después se acercó a una abierta ventana, saltando a una habitación a oscuras. Una linterna alumbró la estancia.

Douglas, con pulso sereno, oprimió el interruptor de la luz y se dirigió a un amplio cortinaje azul. Con un fino estilete comenzó a descoser la tela. Sus movimientos eran estudiados. Aguardaba lo que no iba a tardar en suceder.

—No se moleste, inspector. ¿Me supuso durmiendo?

—Sí. Me ha extrañado que dejase la ventana abierta, Hendry. Es concebible en quien no teme sus propias amenazas.

El millonario, desde la puerta de entrada al despacho, con un revólver a cuyo cañón iba adosado un silenciador, repuso a la irónica frase con una amenaza:

—Soy el más fuerte. Supuse que al raptar a Eric, Robert y Marjorie se lanzaría a la ofensiva. Hubo un momento en que creí haberle engañado, pero me quedaba la duda, ya resuelta, por fortuna para mí y por desgracia para usted. Demasiado listo, Wood. De nada le servirá. ¿Le interesa conocer los detalles?

El inspector, sin desconcertarse, aceptó:

—Le oiré con gusto. ¿Le importa que me siente?

—No. Yo permaneceré en pie. Le aseguro que mi pulso no tiembla.

El revólver que empuñaba Hendry era sostenido por una mano firme. Douglas fue a sacar su petaca. Se inmovilizó a tiempo. El dedo índice del millonario se curvaba sobre el gatillo.

—Deseo fumar.

—Coja un cigarro de la caja que hay al alcance de su mano. No haga ningún movimiento sospechoso.

La sonrisa de Douglas desconcertó a Willanson.

—Le obedeceré. Me sorprenderán pocas cosas. Su primera y más audaz jugada fue el aviso telefónico en el que, en mi presencia, le amenazaron. ¿Quién le habló?

—El falso Aloysius. No quería que dudase de la verosimilitud de mis palabras. Al verme obligado por mí esposa a firmar el documento en el que me comprometía a depositar millón y medio de dólares para mis hijos, inventé un personaje, pensando ya en la venganza. Usted creyó mi historia. Al comunicarme su intención de visitar a Purcella Webb, decidí suprimirla para que no pudiese decirle que Aloysius no existió nunca. Antes de llamarle a Londres, con mi plan trazado, realicé un viaje a Chicago, y desde un escritorio público puse un sobre dirigido a Aloysius, dentro de otro a Purcella. Confiaba en que, intrigada, lo conservaría. No me equivoqué. Al morir lo halló entre sus papeles,

confirmándose en la idea de que el hijo era el asesino, por ser el único que se beneficiaba con la muerte de Eric, Robert y Marjorie. Dejé encendida la luz del despacho, y abandoné la casa por la puerta trasera, a la que no me referí en nuestra conversación. Tardé media hora en llegar al domicilio de la que fue mi amante, y en el pasillo le clavé un puñal en el corazón. Treinta minutos después, estaba de nuevo en el hotel. Le vi en el jardín, y apagué la luz. Me puse la bata, retirándome a descansar, no sin conducirle a su habitación, tras un fingido ataque de pánico. Mi coartada era perfecta. Minutos antes, confiando en que no regresaría, ordené a James Miller que instalase un disimulado micrófono junto al aparato telefónico de su alcoba para, en cualquier momento, escuchar las conversaciones que usted pudiera sostener. Nos oyó llegar y, hombre de recursos, le golpeó. Es lástima que tenga que matarle, Wood. Le admiro.

Douglas rio, sarcástico. La azulada llama del mechero no temblaba en sus manos, al acercarla al habano. Aspiró, voluptuoso, el humo.

—Continúe, Hendry. Siempre se aprende algo en los relatos de los que van a ser ejecutados. La silla eléctrica será poco para usted.

—No bromea. No me cogerán. Utilicé al senador George Elkin, a quién hice algunos favores, para que, con su influencia, consiguiera que Robert fuese nombrado médico interno de la Facultad de Medicina, y Eric, abogado de una importante firma de San Francisco. Con anterioridad, el «Chronicle» hizo ofertas a Marjorie más ventajosas que las del «Chicago Tribune». No había aceptado, por no separarse de sus hermanos. Al residir ellos aquí, desaparecía tal obstáculo. Los necesitaba cerca para asesinarlos. Cualquier desplazamiento, por pequeño que fuese, significaba una torpeza. Encargué a George Elkin que callara mi intervención, aduciendo motivos sentimentales.

—¿Por qué me mandó llamar a Londres? —inquirió el inspector.

—Conocía su fama. Por el solo hecho de hacerle venir, me garantizaba una buena coartada. Todo iba a ser tan rápido, que no tendría tiempo para reaccionar. Proyecté matar a Robert, Eric y Marjorie, y lo hubiera conseguido, de no ocurrírsele la idea de encarcelarlos. El procedimiento ya lo conoce. Salí como la vez anterior, dejando encendida la luz del despacho para que la viesan los agentes que me custodiaban. Por la escalera de incendios, subí a la altura del ventanillo del baño. Rompí la tubería del gas, y adosé una goma a uno de sus extremos. Tras comprobar que las ventanas de los dormitorios se hallaban cerradas, me marché. Acababa de llegar a casa, cuando usted se presentó. Una hábil maniobra.

—Criminal —reprochó el inspector.

—Desde su punto de vista. ¿En qué momento comenzó a dudar de

mí?

—Al negarse a facilitarme los datos sobre el nacimiento de Aloysius. Era extraño tan radical cambio. Me desorientaba el hecho de que los agentes que le custodiaban aseguraban que no había abandonado la casa. La existencia de una segunda salida reafirmó mis sospechas. Intentó sobornarme.

—Sí. Al fallar mi plan de matar a Robert, Eric y Marjorie, comprendí que mi situación se hacía delicada. Por eso prescindí de sus servicios. Supe, en el hotel, que se trasladaba a Chicago, y envié a Miller con el encargo de que asesinara a Jessica, a fin de que no pudiera hablar de mi pasado. Murió en el intento. ¿Qué averiguó entonces?

—Que Aloysius era una invención suya. En la Oficina de Estadística negaron la existencia del hijo de Purcella, dándome las señas de un individuo al que usted conocía y que, sin duda, le sugirió tal nombre. Fui a verle, creyéndole un familiar suyo. Lo negó, informándome que le había prestado diversos servicios con un pequeño vapor de su propiedad. Me despedí de él cordialmente. Media hora después, le visitaba un inspector del servicio de espionaje quien, por quinientos dólares y la promesa de olvidar el suceso, obtuvo una sorprendente confesión. La de la muerte del hombre al que Jessica viera caer junto a la cortina azul. Lo arrojó al Michigan. Después supe que no era el amante de Purcella sino un agente del «Intelligence Service».

Willanson no consiguió dominar su estupor.

—Resulta increíble, Wood, que solo en unos días llegara tan lejos en sus investigaciones. Aquel hombre buscaba lo mismo que usted. Las listas de mis agentes de toda América, documentos de importancia y claves que no pueden confiarse a la memoria. ¿De qué más se enteró en Chicago?

Wood no desviaba su mirada del cañón del revólver de Hendry.

—En el mango del puñal que eliminó a Purcella Webb había partículas de goma desprendidas de unos viejos guantes de cirujano. Después de conocer a Robert, no dudé de su inocencia. Aún esperando fracasar, me trasladé a la Facultad de Medicina. Cuál no sería mi asombro al enterarme de que usted cursó tres años, con aprovechamiento. ¿Por qué lo hizo?

—Deseaba ser algo más que un hombre enriquecido. Luego me cansé de estudiar. ¿Cómo impidió la detención de Jessica?

—Veo que también siente curiosidad por lo que a mí respecta —contestó Wood—. Soy inspector del Servicio Secreto norteamericano, y me hallaba de servicio en Londres. Necesitaba un pretexto para trasladarme a Estados Unidos sin que los sabuesos de Scotland Yard y del *Intelligence Service* se me echaran encima. Por eso acepté su oferta.

Tenía un motivo legal, y nadie me impidió que abandonara el país. Mostré mi «carnet» a los agentes de Chicago. ¿Puso usted en la cartera de James Miller la tarjeta de Aloysius?

—Si. Mandé hacer una docena, al separarme de mi esposa, ocultándolas entre mis papeles de negocios. Al enterarme del viaje de usted, decidí eliminar a cuantos tuvieran relación con mi vida pasada, entre ellos el que me ayudó a arrojar al Michigan el cadáver del hombre que maté en presencia de Jessica y Purcella. Puse en movimiento a mis agentes. Se libró del automóvil de uno de ellos. Pensando en la posibilidad de que mi mayordomo muriese, le envié con una muestra de la existencia de Aloysius. Al regresar usted, preparé una nueva coartada para que no me identificara con el criado, inventando la historia del robo y la herida que me produjo yo mismo, más leve de lo que le hice creer.

—Ya lo veo. Maneja el brazo con soltura. Fue muy hábil al colocar la ampolla con el gas venenoso.

—Adiviné que usted se acercaría a la cortina, preguntándose qué papel jugaban unos metros de tela en tan terrible historia. Puse la ampolla debajo de la alfombra y, apenas llegó, me alejé con un pretexto, quedándome a escuchar detrás de la puerta. Al oír que rompía el cristal de la ventana, me consideré fracasado una vez más. Culpé a Miller, que estaba muerto.

Sonó el timbre del teléfono, y Hendry, sin perder de vista a Wood, descolgó el auricular.

—Al habla. Si. Iré personalmente. No quiero privarme de ese placer. Enhorabuena.

Colgó para explicar al inspector:

—Me llaman para decirme que los tres hermanos esperan la muerte. ¿Les comunicó a ellos sus sospechas?

—No lo estimé oportuno. Cuantos menos compartieran mi secreto, mejor. Hay algo que usted no pudo sospechar. Averigüé por Robert la intervención de George Elkins. En su ficha de la Facultad, había visto una nota en tal sentido. Visité al senador, y por él supe que fue el promotor del traslado de sus hijos. Más tarde me entrevisté con su médico. Lo que me dijo me hizo compadecerle, Hendry. Un cáncer le corroe el estómago. La certeza de que va a morir le ha producido un serio trastorno mental. Lo comprendí todo. Usted no es responsable de sus actos, es un loco, un hombre que aborrece lo único que debía querer. Antes me expresé mal. No irá a la silla eléctrica, sino a un manicomio. Quizá Dios sea clemente y, perturbando por completo su razón, le alivie de una bárbara agonía. No es un monstruo, como creí en un principio, sino un enfermo.

Con los ojos desencajados, al borde de un ataque de demencia, Hendry gritó:

—¡Calle!

—No. Ha de escucharme. Supuse que su envejecimiento era fruto de las preocupaciones. No es así. Su dolencia mental avanza, y el cáncer no deja de progresar. ¡No dispare! Le están apuntando por la espalda.

Willanson lanzó una hueca carcajada.

—Es un torpe truco, Douglas. Ha descubierto mi secreto, pero a nadie lo dirá. Antes del amanecer, dejándole a usted muerto en este despacho, habré partido de América, rumbo a la zona oriental de Alemania.

El brillo que reflejaban las pupilas del inspector hizo comprender al millonario que había alguien a su espalda. Fue a volverse, y no pudo hacerlo. La culata de un revólver se abatió sobre su cuerpo, privándole del conocimiento.

Al despertar, tenía las muñecas esposadas y Carra y Wood rasgaban la cortina. Oyó:

—Tenga cuidado, Alfred. Es seguro que los documentos que interesan han sido escritos en una tela fina, fácil de disimular. Ya ha vuelto en sí. Hágale que telefonee. No vacile en torturarlo, si es necesario.

Douglas había hablado en alta voz, sin intenciones de que Carra cumpliera su amenaza, y solo por intimidar a Willanson que, sabiéndose impotente, se acobardó.

No le fue difícil al agente de la Metropolitana conseguir que se pusiera en comunicación con el falso Aloysius para ordenarle que nada hiciera a los prisioneros hasta su llegada. Por indicación del inspector, agregó que había detenido a Wood.

Mientras tanto, Douglas continuaba la inspección de la cortina. Descosió pequeños trozos de tela.

—Hizo mal en utilizar a sus compañeros en el espionaje para un asunto personal. Lo celebro. Al capturar a un asesino, se obtienen datos de considerable interés para la patria. ¿Vamos ya?

—Antes quisiera resolver una duda. En el diálogo que escuché no se mencionó la verdadera identidad del que se hace pasar por Aloysius Webb. ¿Quién es?

—El jefe de los grupos de acción del espionaje asiático en San Francisco.

Alfred Carra se dio por satisfecho.

—Estoy a sus órdenes, Wood. ¿Le parece que vuelva a telefonar Hendry, comunicando que sale para allá?

—Si. Tome mi cuchillo. A la menor muestra de traición, apuñálele.

Oblíguele a decir que le acompañarán dos hombres de su confianza. Así podremos entrar en la guarida.

Willanson tampoco se opuso. Antes de salir del edificio, Douglas dudó unos segundos.

—¿En qué piensa, inspector?

—En movilizar a la Metropolitana. Quizá tengamos que enfrentarnos con un enemigo superior en número. Por otra parte, temo que los aparatosos preparativos de la policía lo echen todo a rodar. Si sospechan que vamos a libertar a los detenidos, serán capaces de asesinarlos. Es más prudente que actuemos confiando en nuestras propias fuerzas.

Hendry Willanson torció la cabeza para que no vieran en sus ojos una llamarada de esperanza.

En el «Ford» de Carra, y siguiendo las indicaciones del millonario, llegaron a «Chinatown», no tardando en alcanzar la esquina formada por las calles Lisbón y Japón. Se detuvieron.

—Habremos de quitarle las esposas, Douglas.

—Hágalo. Hendry irá el primero. Yo le llevaré encañonado. Nada me agradaría más que evitarle el trabajo a la Justicia. ¿Por dónde seguimos?

—Recto hasta un solar circundado por una valla. Párese allí y toque por tres veces el «claxon».

Alfred obedeció. Pronto se hallaron frente a la casa en la que se encontraban, amenazados de muerte, Eric, Robert y Marjorie. El inspector susurró al oído de Hendry:

—No olvide que le estoy apuntando. Que nos acompañe el que salga a recibirnos.

Se subió el cuello de la americana, bajando el ala del sombrero. Carra le imitó. Pie a tierra, detrás del millonario, iniciaron la marcha. Un hombre surgió ante ellos.

—Sin novedad, jefe.

—Bien. Venga con nosotros.

Los pasos retumbaron trágicamente en el corazón de los que, en el interior, no confiaban en salvarse...

EPÍLOGO

Los tres jóvenes contuvieron la respiración al sentir el leve crujido de las bisagras de la puerta. El falso Aloysius Webb entró primero, seguido de Hendry, cuya presencia arrancó del pecho de Marjorie un grito de espanto:

—¡El!

—Sí —añadió Robert, mordiendo las palabras—. Debimos sospecharlo. Ninguno más canalla.

El millonario no replicó. A su derecha se hallaba su cómplice. Dos hombres, a quienes era imposible ver el rostro, se detuvieron en el umbral. En sus manos había automáticas. Uno avanzó, golpeando al raptor de la muchacha en la nuca.

—¡Wood! —exclamó Eric.

—¡Silencio! Cierra, Alfred, y telefonea al comisario.

El miembro de la Metropolitana obedeció. Douglas, con una navaja, cortó las ligaduras a los Willanson. Preguntó a Eric:

—¿Le quitaron la pistola que le di?

—No. Se limitaron a maniatar me.

—Meta una bala en la recámara y vigile a Hendry.

—¿Qué tiene él que ver con esto?

—Ya se lo diré. Hemos de preparar la defensa, por si nos falla la astucia. ¿Consiguió comunicar, Carra?

—Si. Vendrá el propio George Elkin. Le he dado la posición, aconsejándole que prescinda de sirenas.

Ató al falso Aloysius, que aún no había recobrado el conocimiento. Pasada la tensión emocional, Eric y Robert manifestaron en alta voz su gratitud. Marjorie abrazó a Alfred.

—Temí no verte más, querido.

—Ya estamos juntos para siempre.

Willanson, sentado en uno de los laterales, fingía un profundo abatimiento. Esperaba una oportunidad para huir. El inspector, calando en las intenciones del millonario, recordó a Eric:

—Le dije que custodiara a su padre. Si escapa, será responsable de lo que pueda sucedernos.

Robert, intrigado, repitió la pregunta que antes hiciera su hermano sobre la culpabilidad de Hendry, y Douglas le contestó con evasivas. Marjorie inquirió a Carra:

—¿Por qué vino con vosotros?

—¡Cuidado! Se acercan dos hombres. Sentaos en el suelo como si siguierais atados, y ocultad el cuerpo del que se hizo pasar por Aloysius. Tú, Alfred, colócate en un lateral. Yo haré que entren.

Con admirable sangre fría, abrió la puerta, dando paso a los que llegaban a pedir órdenes, y cuyo asombro fue grande al verse encañonados por Carra y Douglas.

—¡No os mováis! —ordenó el primero, mientras Wood tornaba a cerrar—. ¿Cuántos hay fuera? Contestad o...

Los interpelados guardaron silencio. Eric, Marjorie y Robert, incorporándose, dejaron al descubierto al que mandaba el grupo de indeseables. En ese instante, aprovechando un descuido, Hendry corrió hacia una de las habitaciones. Tronó el revólver de Wood, y el proyectil alcanzó en la espalda al fugitivo. Alfred golpeó con la culata a los que interrogaron en vano, diciendo:

—Coja una pistola, Robert. Tendremos que defendernos.

No se equivocaba. Apagaron la luz, a través de la ventana, vieron surgir cinco sombras que, muy despacio, se aproximaron a la casa. No llegaron a atacarla. En el exterior chirriaron los frenos de un vehículo.

—¡La policía! —exclamó Marjorie—. ¡Estamos salvados!

Wood disparó al aire y, segundos después, cogidos entre dos fuegos, los malhechores se rendían a un sargento y tres hombres de la Metropolitana.

—¿Cómo llegaron tan pronto? —inquirió Douglas.

—Nos hallábamos en «Chinatown», y recibimos el aviso, por radio. ¿Tuvieron un herido?

Hendry, auxiliado por Marjorie, había recobrado el conocimiento. El millonario musitó:

—Usted gana, Wood.

—Yo, no; la Justicia. Nadie es capaz de burlarla. Tarde o temprano siempre vence. Le llevaremos a un hospital para que le curen.

—Es inútil... Mejor morir así... Noto que la vida se me escapa... No me guarden rencor... Ahora lo veo todo de distinta forma... Tenía razón, Douglas... Solo un loco hace lo que yo...

—Serénese.

—Lo estoy. Nunca tuve la mente más lúcida...

—Llévenle a la clínica más próxima, sargento. Nosotros custodiaremos a los prisioneros hasta la llegada del comisario Larkey.

—Es inútil, señor. Acaba de morir.

Willanson había expirado. Hubo un largo silencio. Marjorie se inclinó, besando en la frente a Hendry.

—Te perdono el mal que nos has hecho.

Alfred, cogiendo a la muchacha del brazo, la sacó de la casa. En el

solar, cara a la noche, él suplicó:

—Has de olvidar tan terrible pesadilla.

—¿Qué hizo mi padre? ¿Por qué el inspector prefirió matarle a que huyera?

—Ya lo sabrás. Hemos de pensar en nosotros. Nos casaremos enseguida para robarle a la felicidad todos sus minutos.

—Sí, Alfred. Se acercan más coches.

—Perdóname. Voy a recibir al comisario. Es muy puntilloso en cuestiones de servicio.

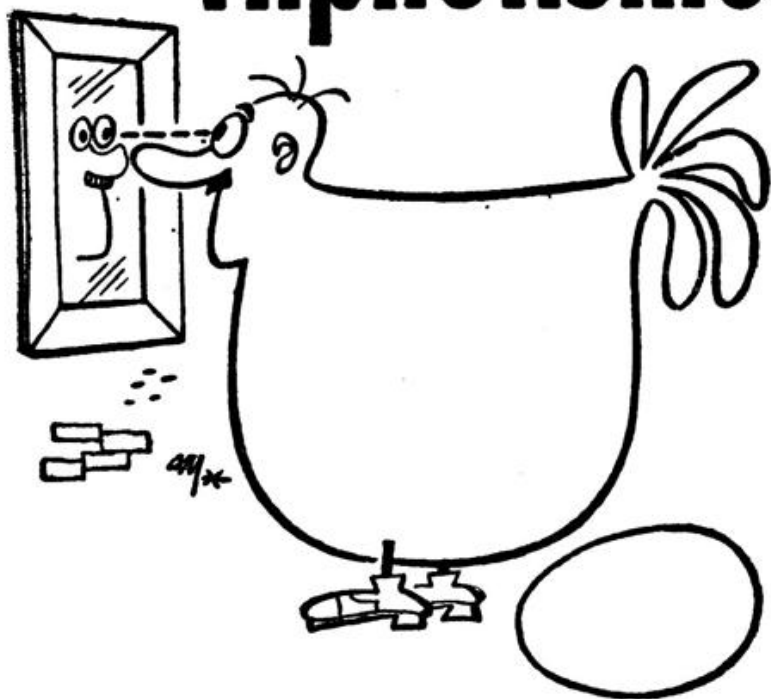
Dio la novedad a su superior, en el momento que Wood se les acercaba.

—Hola, Larkey. El caso está resuelto. Creo que tendrás que conceder un largo permiso a Carra. Es el único que entiende la vida. Me dan ganas de disputarle la novia.

Sonreía al pronunciar tales palabras...

F I N

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes,

colección

MARABU ZAS



Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE

Es la íntima aspiración de todo hombre que desea destacar en su trabajo.

Cuando tiene usted que redactar una carta, un informe u otro escrito cualquiera, y le asalta la duda...



LA ORTOGRAFIA

colección



MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*